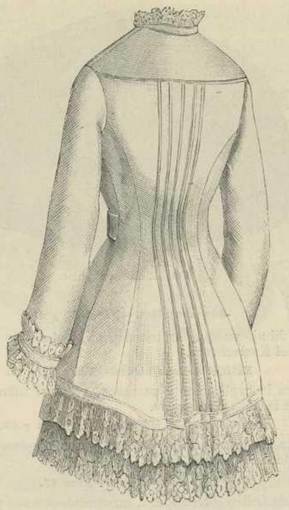
Traje para niños de 10 años. Núm. 31.

Traje de oficial de marina, de paño azul. Calzon sujeto bajo la rodilla. Chaqueton largo, abrochado con dos hileras de botones. Vivos de crin blanca en el contorno. En el brazo, ancla de crin blanca. Gorra azul, guarnecida de un galon de oro y un ancla.

Traje de banquete.—Núm. 32.

Vestido de terciopelo granate. El corpiño, en punta por delante y postillon por detras, lleva un cuello recto adornado con dos golpes de pasamanería verde. Guarnicion de encaje en forma de abanico. La falda, de cola, es plana por delante y va recortada en cuadro por cada lado, con un paño recto adornado de pasamanería. La cola va recortada en medio, para dejar ver una guarnicion de raso bordado. La parte inferior de la falda va adornada de aplicaciones de pliegues triples de terciopelo. A la cabeza de cada pliegue va un golpe de pasamanería.

20.—Manguito.



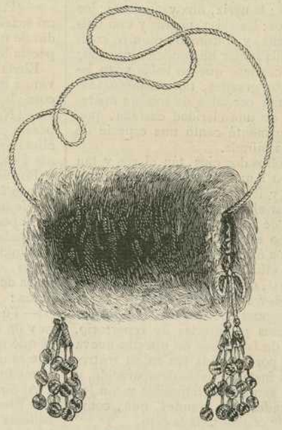
22.—Matinée de lana blanca. Espalda. (*Explic. y pat., núm. I, figs.* 1 *á* 6 *de la* Hoja-Suplemento.)

24.—Matinée de paño eléctrico. Espalda. (*Explic. y pat., núm. II, figs.* 7 *á* 10 *de la* Hoja-Suplemento.)

26.—Sombrero Reinold.

25.—Matinée de paño eléctrico. Delantero. (*Explic. y pat., núm. II, figs.* 7 *á* 10 *de la* Hoja-Suplemento.)

23.—Matinée de lana blanca. Delantero. (*Explic. y pat., núm. I, figs.* 1 *á* 6 *de la* Hoja-Suplemento.)



21.—Manguito.

Confeccion de terciopelo. Núm. 33.

Esta confeccion es de terciopelo liso y terciopelo labrado. El córte es el de una visita; la manga sola es de terciopelo labrado. Por detras, tres pliegues gruesos guarnecen la espalda, van sujetos por debajo del talle y se prolongan formando tres pliegues gruesos encañonados. Fleco de felpilla.

CASTILLOS EN EL AIRE.

(CONCLUSION.)

«No hay duda—exclamé arrojando el libro sobre el velador;—si continúo media hora más tratando de resolver este enigma, acabaré por fingirme en la imaginacion alguna locura de las que yo acostumbro..... Afortunadamente, la realidad está cerca»; y al decir esto, me levanté para saludar á mis amigas, cuyos ligeros trajes de seda oia crujir en la sala, y cuyos menudos pasos sentia aproximarse en direccion al gabinete.

Luisa y Elena entraron en el gabinete acompañadas de su prima. Como era natural, me fijé desde luégo en la recien llegada, con una

27 y **28**.—Traje de visita y de paseo. Delantero y espalda. (*Explic. y pat., núm. IV, figs.* 14 *á* 16 *de la* Hoja-Suplemento.)

29.—Traje azul.

30.—Traje encarnado.

31.—Traje para niños de 10 años.

32.—Traje de banquete.

33.—Confeccion de terciopelo.

insistencia que acaso pecaria de indiscrecion, pero que disculpaba en parte el interes que, áun sin conocerla, me habia inspirado.

Julia era alta, delgada, pálida y ligeramente morena. Tenía los pómulos acusados; la nariz, fina y aguileña; los labios, delgados y encendidos; las cejas, negras y casi unidas; la frente, un poco calzada, y el cabello, oscuro, crespo y abundante. Como aquella mujer he conocido muchas; pero ojos como los suyos, confieso que no habia visto jamas. Eran pardos, pero tan grandes, tan desmesuradamente abiertos, tan fijos, tan cercados de sombra misteriosa, tan llenos de reflejos de una claridad extraña, que, al mirarlos de frente, experimenté como una especie de alucinacion y bajé al suelo la mirada.

Bajé la mirada; pero aquellos dos ojos, tan claros y tan grandes, desasidos del rostro á que pertenecian, me pareció que se quedaban solos y flotando en el aire ante mi vista, como despues de mirar al sol se quedan flotando por largo tiempo unas manchas de colores ribeteadas de luz.

Repuesto del momentáneo estupor que me habian producido aquellos ojos extraños é inmóviles, estreché ligeramente la mano de Elena y saludé á Julia, cuyas facciones se iluminaron, por decirlo así, con una sonrisa, al inclinar con lentitud la cabeza para devolverme el saludo.

Mi primera intencion, despues de saludarla, fué buscar la fórmula de alguna de esas galanterías de repertorio, para decir algo á propósito de la llegada de nuestra nueva compañera; pero al fijarme por segunda vez en su rostro, la sonrisa que lo iluminó un instante habia desaparecido, y me encontré con el mismo semblante impasible y con los mismos ojos parados y grandes, tan grandes, que, como vulgarmente suele decirse, le cogian toda la cara.

La frase ya hecha en la imaginacion se me antojó una vulgaridad; removí los labios sin acertar palabra alguna, y por segunda vez perdí el terreno. Aparté de la suya mi vista, y me puse á examinar, sin que me importase el exámen maldita la cosa, uno de los dijes de la cadena del reloj.

Me habia propuesto espiar á aquella mujer, aquilatar su inteligencia por sus palabras, estudiarla como un fenómeno curioso, analizarla, en fin, seguro de que el análisis me daria por resultado el residuo que queda de todas; pero, por lo visto, me habia cogido la vez, se habia puesto en guardia, y atrincherada en su impasibilidad y silencio, parecia aguardar á oirme para juzgarme.

La idea de que aquella mujer pudiera formar de mí una opinion desventajosa comenzaba á preocuparme. Lo primero que me ocurrió fué buscar algunos recursos para salir airoso del paso; pero al mismo tiempo me acordé que cuando se piensa de antemano lo que se va á hacer ó decir, se tiene andada la mitad del camino para encajar una necedad ó cometer una torpeza.

Afortunadamente estaba allí Luisa. Luisa, que en poniéndose á hablar charlaba hasta por los codos, que preguntaba y se contestaba á sí misma, que era capaz ella sola de mantener la conversacion en un duelo, que no dejaba parar un punto de atencion sobre cosa alguna, que á cada momento traia un nuevo asunto al debate; y ésta, rompiendo el embarazoso silencio en que nos habiamos quedado, me rogó que me sentára y tratase á su prima con la misma confianza que á ellas las habia tratado siempre.

Nos sentamos: Luisa, junto al balcon del gabinete que se abria sobre el jardin de la casa; Elena, próxima al piano, por encima de cuyas teclas comenzó á pasear distraidamente los dedos, y Julia casi en el fondo de la habitacion.

Yo dejé, por un movimiento instintivo, la silla donde estuve sentado hasta entónces, y busqué con la vista una butaca. No sé cómo explicarme esta nimiedad; pero por primera vez de mi vida me ocurrió que, sentado en una silla estrecha y empinada, se está como vendido y haciendo una figura grotesca.

Una vez sentados, se comenzó á hablar de cosas indiferentes. Luisa, como de costumbre, sostuvo la conversacion en primera línea; Elena terció á menudo; yo aventuré muy pocas palabras, y á Julia no logramos arrancarle sino algun que otro rarísimo monosílabo. Confieso francamente que aquel desdeñoso silencio me seguia preocupando lo que no es decible.

La presencia de Julia era como un obstáculo á la expansion natural entre nosotros. Yo me sentia con ménos franqueza que de costumbre en una casa donde siempre la habia tenido de sobra; Elena parecia preocuparse de mi visible encogimiento, y Luisa, cansada de hablar sin que nadie le contestára, acabó por levantarse y descorrer las persianas del balcon para entretenerse en enredar por entre los hierros las guías de una enredadera que se encaramaba hasta aquella altura desde el jardin.

El sol se habia puesto: en el jardin se escuchaba esa confusa algarabía de los pájaros, tan característica de las tardes de estío; la brisa del mar, meciendo lentamente las copas de los árboles y empapándose en el perfume de las acacias, entraba á bocanadas por el balcon, inundando el gabinete en olas invisibles de fragancia y de frescura.

Las sombras del crepúsculo comenzaban á envolver todos los objetos, confundiendo las líneas y borrando los colores; en el fondo de la habitacion, y entre aquella suave sombra, brillaban los ojos de Julia como dos faros encendidos é inmóviles. Yo no queria mirarla; deseaba afectar su mismo desden, y sin embargo, mis ojos iban continuamente á buscar los suyos. Elena rompió al fin el silencio, exclamando:

—¡Qué hermosa tarde!

—Hermosísima—añadí yo maquinalmente, sin saber siquiera lo que decia, y sólo por decir algo; pero apénas pronuncié esta palabra, pensé que, despues de callar por largo espacio, no se nos habria ocurrido otra cosa mejor que hablar del tiempo: ¡del tiempo! esa eterna y antigua muletilla de los que no saben de qué hablar. Asaltarme esta idea, y volverme á mirar á Julia, todo fué obra de un instante.

No lo podré asegurar; pero á mí me parece que sus labios se dilataban imperceptiblemente, que se reia, en fin, su inteligencia de nuestras vulgaridades, y que aquella risa mental se reflejaba de un modo extraño en su rostro.

Desde que creí apercibirme de su muda ironía, fué ya un verdadero suplicio para mí el verme obligado á responder á Elena, que comenzó á hablarme del canto de los pajaritos, de las nubecitas color de púrpura, de la poética vaguedad del crepúsculo, y otras mil majaderías de este jaez.

—¿Por qué no toca V. algo?—exclamé, dirigiéndome á mi sensible interlocutora, con el propósito de salir, por medio de una brusca interrupcion, del peligroso terreno de la poesía hablada.

Elena abrió un cuaderno de música, el primero que le vino á mano, con intencion, sin duda, de tocar cualquier cosa; la que ántes se ofreciera á su vista.

—¡No nos faltaba más sino que hiciese el diablo que tropezára con un trozo de zarzuela para acabar de coronar la obra!—exclamé yo para mis adentros, miéntras me disponia á escuchar lo más cómodamente posible.

Por fortuna, el libro era de música escogida, y Elena comenzó á tocar un wals de Beethoven; un wals de concierto, de una melodía vaga, de una cadencia indecisa, extraño en el pensamiento, más extraño aún en sus giros y sus inesperadas combinaciones armónicas. Cuando Elena hubo concluido de tocar, y la última nota se apagó en el aire, Luisa, que áun permanecia en el balcon arreglando las guías de las enredaderas, exclamó, dirigiéndose á su hermana:

—Tú dirás lo que se te antoje, me tratarás de zarzuelera y de ignorante; pero yo te digo con toda verdad que no sé qué mérito tienen esas algarabías alemanas que dicen que es un wals, y que yo, por más que hago, no encuentro el modo de que pueda bailarse.

Al oir á Luisa, no pude ménos de sonreirme, y ántes de que Elena comenzase á explicarnos cómo entendia ella las bellezas de aquel género de música especialísimo, me volví hácia Julia para preguntarle á quemaropa:

—¿Y á V. le gusta este wals?

Ya no era posible eludir una contestacion categórica; ya era necesario que hablase, que diese su opinion sobre una materia delicada. «Un punto de apoyo, y levanto el mundo», decia Arquímedes. «Un dato sobre el carácter de esa mujer, y adivinaré el resto», exclamaba yo en mi interior, felicitándome por el expediente que habia encontrado para hacerla hablar.

Julia se sonrió una vez más con aquella sonrisa imperceptible que tanto me habia preocupado hacía un momento, y se limitó á contestarme:

—Entiendo muy poco de música.

El poco resultado de mi estratagema me puso de tan mal humor, que so pretexto de que la recien llegada necesitaria descansar de las fatigas del camino, abrevié la visita y me marché á la calle.

Necesitaba respirar un poco el aire libre, coordinar mis ideas, darme cuenta á mí mismo de lo que me estaba pasando. Luisa, al despedirme de ella, me habia encargado mucho que no dejase de buscarlas á la mañana siguiente, para dar un paseo por la orilla del mar. Aunque no me dijo nada de si asistiria Julia ó no á este paseo, yo supuse que, fatigada del viaje, no se encontraria de humor para madrugar tanto, y esta idea me animó á acudir á la cita.

Á decir verdad, tenia como miedo de volver á encontrarme frente á frente con aquella mujer sin que me diesen primero algunos pormenores sobre su carácter y su historia, y esto nadie podia hacerlo mejor que Luisa, que ya la habia calificado de original al anunciármela.

Aquella noche la pasé en claro, revolviendo en la fantasía tanto disparate, que apénas comenzó á azulear en las vidrieras de mi balcon la primera luz del dia, salté de la cama, me vestí apresuradamente, y salí por las calles á esperar la hora señalada, paseándome al fresco y tratando de desechar las ideas absurdas que hervian en mi cabeza.

No sé cuánto tiempo anduve vagando de un lado á otro como un sonámbulo, hablando á solas y tropezando con todo el mundo; lo que puedo decir es que cuando llegué á casa de mis compañeros de temporada ya estaban vestidos y esperándome, segun me dijeron, cerca de una hora.

—Y la primita, ¿descansa aún?—pregunté á Elena.

—No tal—me contestó;—viendo que se retardaba la hora de salir, se ha decidido á levantarse para acompañarnos.

En aquel momento llegó Julia: parecia otra mujer; nada más ligero y elegante que su sencillo traje color de rosa; nada más fresco y gracioso que su sombrero de paja de Italia, cuyas anchas cintas de gro blanco se anudaban debajo de su barba con un gran lazo de puntas sueltas y flotantes. Estaba descolorida como el dia anterior; pero sus facciones eran tan delicadas, que la luz parecia trasparentarse á través de ella.

Sus inmensos ojos, cuyas pupilas se dilataban desmesuradamente en la misteriosa sombra del crepúsculo, estaban entónces entornados, como defendiéndose de la deslumbradora claridad del dia. En sus labios delgados y encendidos, en los cuales creí observar en mi primera entrevista una expresion irónica, brillaba una sonrisa tan ingenua é inocente como la de los niños cuando se rien durmiendo, porque, segun sus madres, ven pasar á los ángeles sobre su cabeza.

Esta inesperada trasformacion echó por tierra todos los castillos en el aire que habia formado hasta allí, tomando por base su desdeñoso ademan, su altivo silencio y la fantástica y extraña expresion de su rostro. Yo esperaba encontrar á la misma mujer impasible y misteriosa de la tarde anterior, y al ver á la Julia de la leyenda súbitamente convertida en una muchacha risueña, de fisonomía simpática y maneras aniñadas y graciosas, más bien que sereno y animado, me sentí nuevamente sobrecogido y temeroso.

Decididamente aquella mujer se habia atravesado en mi camino para confundirme y desesperarme.

Emprendimos nuestro paseo en direccion á la playa. Durante el camino hablamos de cosas indiferentes. Mi idea era hacer que Julia tomase parte en la conversacion de un modo indirecto. Para esto hice todo lo posible por no dirigirle la palabra, á fin de que no trasluciera mi deseo de oirla hablar; pero este ardid no me valió tampoco. Casual ó deliberadamente, Julia no desplegó sus labios, á pesar de que en várias ocasiones vi que los movia con intencion de pronunciar algunas palabras, y arrepintiéndose ántes de decirlas.

Muchas veces, hallándome con personas que, bien por diferencias de carácter, de educacion ó de aspiraciones, estaba seguro que al decirles ciertas cosas que asaltaban mi imaginacion no habian de comprenderlas, me habia sucedido de pronto detenerme ántes de hablar, y guardando á mi vez un silencio que acaso pareceria desdeñoso. ¿Será que esa mujer crea que su inteligencia está tan por cima de la esfera vulgar en que nos agitamos, que no hay entre nosotros quien la pueda apreciar en lo que vale? Esta pregunta, que no pude ménos de dirigirme al ver frustrados todos mis planes, hirió mi amor propio, y sin saber por qué, me sentia confuso y humillado. No hay duda, dije, yo estoy combatiendo con armas desiguales; Julia me oye hablar de bagatelas y majaderías con sus primas, que, despues de todo, no son más que unas mujeres tan vulgares como todas, y desde lo alto de su superioridad me juzga, ó tan materialmente prosáico como Luisa, ó tan ridículamente sensible como Elena.

¡Oh, si pudiera hablarla á solas, si pudiera hacerla comprender que yo tengo dentro del corazon y la cabeza algo que no sé si es grande, pero de seguro no es vulgar!

En esto llegamos al término de nuestro paseo, que era un pequeño caserío blanco como la nieve y situado en una altura donde se dominaba parte de la costa y del mar, que se dilataba inmenso á nuestros ojos hasta tocar y confundirse con el cielo.

—Mire V.—me dijo Luisa, apénas hubimos llegado, señalándome con el dedo el horizonte;—¡mire V. qué cosas tan preciosas hace el sol en el agua! ¡Si parece que todo el mar está lleno de pedacitos de oro que van saltando!

—¡Qué hermoso es el mar!—exclamó á su vez Elena;—yo le digo á V. francamente que pasaria gustosa toda mi vida en este caserío, escuchando el murmullo del oleaje y respirando este viento, que parece que acaricia cuando pasa. En efecto, el espectáculo que se ofrecia á nuestros ojos era magnífico.

Yo tendí la mirada por aquel mar sin límites, y sintiéndome lleno de su inmensa poesía, estuve á punto de prorumpir en un himno. Por fortuna, en aquel instante me asaltó á la imaginacion el recuerdo de Julia, y me pareció verla aún sonreirse, con aquella sonrisa irónica que tanto me habia herido en una ocasion semejante, y me contuve y fijé en ella la mirada para sorprender sus impresiones en la expresion de su rostro.

Julia se habia quitado el sombrero; parte de su cabello oscuro, descuidadamente recogido, flotaba á merced del aire. Su rostro habia sufrido una nueva trasformacion; sus desmesurados ojos habian vuelto á abrirse de par en par; sus luminosas pupilas se habian dilatado otra vez, y su mirada flotaba sin fijarse en un punto, entre el vapor de fuego que cortaba el horizonte como una línea de oro.

¡Un himno al mar! ¡Necio de mí! ¡yo haber creido un momento que podia hacerse, que habia palabras bastantes! Pero no; el verdadero himno, el verbo de la poesía hecho carne era aquella mujer inmóvil y silenciosa, cuya mirada no se detenia en ningun accidente, cuyos pensamientos no debian caber dentro de ninguna forma, cuya pupila abarcaba el horizonte entero y absorbia toda la luz y volvia á reflejarla. Hasta que no las vi unas enfrente de otras, no se me revelaron en toda su majestad aquellas tres inmensidades: el mar, el cielo y las pupilas sin fondo de Julia. Imágenes tan gigantescas sólo podian copiarlas aquellos ojos. ¡Oh!—pensaba yo mirándola—¡quién fuera un Dios para poder sentir bajo su frente las vibraciones de la inteligencia embriagada de inmensidad, de luz y de armonía!

. . . . . .

Julia se mantenia aún inmóvil y en silencio; yo la contemplaba absorto, cuando Elena se le acerca, y sacándola de su éxtasis, le dijo con cierto énfasis:

—¿Y á tí te gusta el mar?

Yo creí que no contestaria. La pregunta aquella, dirigida á una mujer de sus condiciones, no merecia verdaderamente más contestacion que el silencio. Julia, en efecto, pareció dudar un instante; pero despues, tornando á sonreirse con aquella sonrisa extraña que le era peculiar, se limitó á responderle:

—Sí, me parece bonito.

¿*Bonito* el mar! ¡Qué inmensa ironía no revelaba esta frase! Al oirla, comprendí cuán pequeño me habria considerado al decirme la tarde anterior: «Yo entiendo poco de música.»

Despues que volvimos del paseo, busqué una ocasion de hallarme solo con Luisa. Yo no sé si estaba enamorado de Julia; pero la verdad es que su memoria me preocupaba tan hondamente, que ya era necesario á toda costa que yo la conociese, que supiese algo de ella; un dia más en la incertidumbre en que me encontraba hubiera concluido por volverme loco.

Cuando vi á Luisa un instante separada de Elena, le dije francamente lo que me sucedia; le expuse mis dudas; le pedí por Dios que me sacase de aquel laberinto de confusiones en que me encontraba.

Luisa me escuchó con atencion, y cuando hube concluido de referirle la historia de mis locas imaginaciones, me dijo con cierto aire malicioso:

—No se enamore V. de esa mujer; no se enamore usted, porque.....

—¿Por qué?—la interrumpí yo.

—Porque sería V. muy infeliz. ¿No le dije á V. que era una mujer original?.....

—Y bien—añadí—que no tiene nada de vulgar, ya se ve; pero lo que deseo que V. me explique es por qué parece como que nos desdeña, por qué guarda ese silencio misterioso.

—Por una razon muy sencilla; porque su mamá, que es una señora de gran talento, la tiene encargado mucho que no hable delante de gente.

—¡Su mamá!—exclamé estupefacto, y sin comprender una sola palabra de aquella algarabía de Luisa;—¡su mamá! ¿Y por qué razon se lo ha prohibido?

Luisa se detuvo un momento como dudando al contes-

tarme; despues, echando una mirada de reojo hácia el grupo que formaban Elena y Julia, para cerciorarse de que no podian oirla, me dijo bajando la voz:

—Porque es tonta.

E. de Lustonó.

LA VIDA REAL.

APUNTES PARA UN LIBRO.

XVII.

Luisa á Lucía.

Barcelona, Noviembre de 1876.

¡Qué fiel es mi corazon! Deseando estoy, desde que he nacido, que me engañe una vez para enfadarme con él; porque, hasta hoy, nada más me ha dicho que la verdad, y en esta ocasion ha hecho lo mismo que siempre.

Pero, en fin, respiro, porque ya te veo en seguridad despues de la borrasca de tu corazon: no ocultes tu pena, no quieras dominarla, sino gástala; habla de ella, y si no tienes con quién, hazlo conmigo, escribiéndome largas cartas, quejándote en ellas y llorando.

Yo soy tu amiga de corazon, de todo corazon, Lucía, y este lazo dulce que nos une desde la infancia me parece que se ha estrechado más desde que sé eres tan desgraciada: porque la amistad verdadera sabe entender y compartir todos los dolores, porque sabe consolar, ó á lo ménos llorar con la persona que sufre, que es tambien otro modo elocuente de consolar.

No te puedo explicar la aversion que profeso á ese vil marido, á ese galanteador de oficio, á ese Tenorio trasnochado, que ha venido á derramar tanta hiel en el lago cristalino de tu vida: si alguna vez el destino me lo pone delante, ha de oir de mis labios lo que jamas esperó oir de la boca de una mujer.

Ese digno señor debe pertenecer al gremio de maridos cansados, que es muy numeroso: hace algunos dias, me hallaba yo en una reunion de confianza, y un marido que mariposeaba, mejor dicho, que *abejorreaba* por el salon, tuvo la mala ocurrencia de sentarse á mi lado y de empezar á decirme galanterías: como estaba tan encolerizada contra tu galanteador, me alegré de poder tronar contra *la clase* en la persona de aquel señor.

—Pero, amigo mio—le dije, empezando melosamente la paliza moral que me proponia darle—¿se olvida V. de que está casado?

—¡Ay de mí!—contestó con aire triste—¡quisiera olvidarlo!

—¿Por qué causa? digo, si no es indiscrecion.....

—Nada de eso: la causa es muy sencilla; estoy cansado del matrimonio.

—¡Figúrese V. que su mujer lo esté tambien!

—Ella no tiene imaginacion para cansarse—me respondió;—vive como un autómata que es.

—¿Y por qué se casó V., creyendo que era un autómata su mujer?—le pregunté.

—Porque no lo conocí hasta despues de casado.

—¿Fueron muy cortas las relaciones de V. con la que es hoy su esposa?

—No; duraron año y medio.

—¿Y qué edad tenía V. cuando se casó?

—Cerca de treinta y dos años.

—De modo que en diez y ocho meses de tratar á una jóven y de verla todos los dias no pudo llegar á conocerla, y esto teniendo V. treinta y dos años de edad, y ella diez y nueve..... ¡Amigo mio, hay que confesar, ó que ella sabía fingir muy bien, ó que V. es sumamente torpe!

El hombre se vió algo confuso con mis sencillos argumentos, y á falta de razones, respondió, como es costumbre en semejantes casos, con una sandez.

—¡Pues qué quiere usted!—dijo en tono compungido.—Yo estaba enamorado de mi mujer cuando me casé con ella, y ahora me aburre.

—Por más que V. crea lo contrario, acaso le suceda á ella lo mismo, y le suceda desde hace tiempo.

—Pues que se fastidie; ese es su deber.

—Y lo cumple: debe saber lo que yo sé tambien, aunque no me he casado nunca.

—Y ¿qué es?

—Que el egoismo de los hombres ha hecho un código en el cual sólo hay dos artículos, y los dos hablan con la mujer: ¿quiere V. que se los diga?

—Con mucho gusto—respondió mi adorador, cuyo entusiasmo iba menguando considerablemente.

—Pues oiga usted. Artículo primero, en el que el hombre se dirige á la mujer: «¿Te cansas de mí? Pues aguántame, porque yo no me canso de ti.»

Artículo segundo, que dirige el mismo á la misma: «¿Me amas? Pues aguántate, porque yo he dejado de amarte; estoy cansado de ti.»

Y así, amigo mio—continué con mi risita melosa y burlona—como sé lo que son todos los hombres, yo me he fastidiado de V. desde el momento que me hizo la injuria de dirigirme ternezas, siendo casado con una mujer que usted no merece.

Tal ha sido la leccion que he dado á un necio, y tal la merecia; era un hombre que me era simpático, pero que las necias razones que me ha dado para explicarme su desvío conyugal me han parecido de tan baja estofa, que le he hallado ridículo en el momento de oirlo. Sabido es que muchos defectos del carácter ó de la educacion sólo se conocen con el trato íntimo; pero ¿acaso el hombre es perfecto, y no descubre tambien vacíos más insondables que los de la mujer? ¿Por qué no ha de haber mutua tolerancia, y, sobre todo, por qué no educa el hombre con amor á su mujer para elevarla á la categoría de su amiga y de la compañera de su vida? Mi querida y poética Lucía, créeme; en el papel de marido hay grandes beneficios, pero tambien tiene inherentes algunas cargas, y una de éstas es que ha de entender el oficio, no de pedagogo, sino de preceptor ilustrado y amable.

Ya ves, querida mia, que debes mirar friamente y sin exageraciones románticas la desgracia que te ha sucedido; despojándola de su idealismo, la aventura de tu Diego tiene bastante de ridícula. Ir su mujer á descubrirle y á acusarle de traicion ante la pobre muchacha que engañaba, es una cosa que tiene mucho de cómico. No llores, pues, mi amada Lucía, y deja á ese buen señor que dé el brazo á su mujer y se dedique al cuidado de sus niños; un papá no puede ser bueno y rendido amante; cuando el hombre llega á ser padre, ya no le está bien querer con la pasion *devoradora* que queria dedicarte; el padre ama á su esposa, á la madre de sus hijos, con ese cariño sosegado y entrañable, que hace de dos uno solo, y que está basado en la mutua estimacion.

Dedícate, ante todo, al cuidado de tu buena madre. ¡Ojalá que áun viviera la mia; qué dulce y grata compañía sería para mí! En esta época en que el respeto filial se va extinguiendo, es bueno que demos ejemplo constante de amor á nuestros padres, porque su amor es el único verdadero, desinteresado y eternamente fiel que existe en la tierra.

Arréglate en París una nueva vida con los despojos de tu vida de Madrid; sobreponte á tu pena, querida mia, porque el objeto de ella no la merece absolutamente; trabaja, pero sin exceso; la ocupacion moderada es saludable al ánimo, pero la excesiva causa gran fatiga moral; no seas en nada extremada, y eleva tu alma á Dios, nombrándole, como yo, tutor y curador absoluto de tu vida. Verás qué bien te va así, y cómo hallas, en vez de tutor, un tierno padre que dirigirá tu destino.

Veré si convenzo á papá para que me deje ir á pasar á tu lado un mes; si lo logramos, ¡qué ventura para las dos! ¿verdad Lucía? y si no, tendrémos valor, y la pluma hará las veces de la conversacion; á falta de otra cosa, las cartas son un consuelo delicioso, porque para el alma no hay distancias.

Papá y mis hermanas os saludan afectuosamente á tu mamá y á tí, y te abraza con el alma—*Luisa Vargas.*

María del Pilar Sinués.

(Se continuará.)

ÁNGELES Y BRUJAS.

(RELACION INFANTIL.)

I.

El teatro.

Era la iglesia parroquial de Villahonda un monumento románico, macizo y pesado, en el que se habia prescindido por completo de la elegancia, para buscar únicamente el ideal de la solidez. Líneas rectas en los basamentos y capiteles; ninguna columna; pórtico sencillísimo, y sobre él la estatua de un santo, que debió representar á San Juan, pero que ya no era sino un trazado confuso donde todos los insultos del tiempo habian puesto su mano destructora. El cimborrio, poco elevado, donde refleja el sol sus últimos resplandores de la tarde, inflamando los coloreados cristales de la linterna, parecia envidiar la elevacion de la torre, que allá en las alturas sostenia tirada plática con las nubes, y las cantaba no sé qué enormes estrofas, con sus incansables lenguas de bronce. En los cuatro ángulos de la torre, sendos dragones berroqueños, con sus alas tendidas, montaban la guardia de honor de las alborotadas campanas, y y semejaban mirar el infinito espacio á sus piés tendido, con sus pupilas, que, segun la fábula, despiden llamas y azufres. La puerta del templo, que al girar en sus jambas producia un chirrido desagradable, especie de aviso que algun invisible portero daba á los fantásticos habitadores de las inmensas naves, de que un sér extraño penetraba en ellas, era una artística pieza de hierro y de encina, si bien maltratada por los años y cubierta de herrumbre. En las hojas de esta puerta, una de las cuales sólo se abria en las grandes solemnidades religiosas, habíase esmerado la mano del artífice, tallando multitud de alegorías bíblicas y escenas sacadas de las Parábolas.—Las altas paredes de la iglesia, cubiertas de la sombra de la vejez, presentaban en algunos puntos rojos manchones y salpicaduras violáceas y cárdenas, á modo de sarna ú otra enfermedad vergonzosa del granito.

En las paredes de la torre descúbrense dos agujeros circulares, que desde léjos confunde la fantasía con los ojos negros de aquel gigante de piedra, ojos siempre abiertos, que exploran el país, como si la impaciencia de esperar á álguien que nunca llega les mantuviese en perpétua vigilancia. Por estos ojos, en las noches muy oscuras, sale un resplandor ténue, que áun cuando la soñadora mente se empeña en que es el brillo de una retina fosfórica, no es sino la luz del candil con que se alumbra el tio Basilio, el campanero, amén de algunas copas de vino tinto con que ayuda al cuerpo en el rudo oficio de voltear las campanas.

El tio Basilio..... pero ¿qué digo? El tio Basilio merece capítulo aparte.

II.

El traidor y su sobrina.

Era el hombre más perverso de Villahonda y más feo del mundo. Aquella espalda corvada; aquella cabeza monumental, puesta al extremo de un cuello larguirucho como una calabaza en la punta de una pipa; aquellos ojos pequeñuelos, verdes y procaces, á cuyos cristales parecia asomarse el alma de un demonio burlon é insolente, no tenian igual en muchas leguas á la redonda, como tampoco era empresa fácil hallar otro espíritu más miserable y contrahecho en toda la esfera terrestre. Pensábase, observando al tio Basilio, que cada arruga, corcova ó fealdad de la carne correspondia á otra deformidad del ánimo; cada paso de sus desgarbadas piernas, á un traspié moral y á un mal propósito.

Así como Dios al crearlo feo le creó malo, al hacerle casado le dió una pareja digna de sus virtudes. La tia Requiescat era una lengua de harpía en un cuerpo de Medusa, y merecia ser la esposa del campanero de Villahonda. Todo era, pues, congénere y adecuado en aquel tugurio de la torre donde vivian tio Basilio y tia Requiescat, desde las negras paredes hasta los muebles viejos y hundidos que llenaban el inmundo zaquizamí, nido de águilas habitado por mochuelos.

La curiosidad que nos inspiraron ambos personajes, y el deseo de referir su historia, nos han llevado á practicar minuciosas disquisiciones, de las que hemos sacado, entre otros datos, el de que á fines del mes de Junio de 1853 llegó á Villahonda, caballera en un jumento, cuya jáquima guiaba un arriero, cierta muchacha áun no entrada en años núbiles, que traia por todo equipaje una funda de almohada rellena de algun vestidillo ó par de enaguas y zapatos, y una carta con sobre, en que se leia el nombre del tio Basilio. Era sobrina suya, hija de un hermano que murió media semana ántes, y que dejando sola á la niña, se la encomendaba al tio Basilio, pidiéndole por Dios que no la abandonase á los duros trances de la vida. Consta asimismo de nuestros datos que el campanero leyó la carta sin derramar una lágrima; consultó á su mujer, y despues de un animado debate en refunfuños sostenido entre ambos, se expresó la tia Requiescat en estos términos.

—Di, chica, que has nacido con suerte (¡y acababa de morir su padre!), pues llegas á puerta donde se albergan dos buenos corazones, que no han de consentir en que te mueras de hambre y frio. Tu padre ha obrado muy mal al mandarte á que te mantengan los que no te engendraron; pero ya que él fué imprudente, seamos nosotros benignos. Así, puedes decir que has hecho tu fortuna, pues acá vivirás como de la familia. Precisamente hoy habia encargado á tu tio buscára una mozuela que me ayudase á subir cántaros y al trajin de la casa..... conque, tú desempeñáras estas obligaciones..... porque yo me siento muy mala, y no estoy para el trabajo.

Y era verdad que la tia Requiescat se sentia agobiada bajo el peso de una rara enfermedad, nacida indudablemente del abuso del vino y de su endiablado humor; cosas las dos que acabáran con la salud de una roca, cuanto más con la de flaco sér humano. Esta circunstancia, y no otra, decidió á la tia Requiescat á admitir á la sobrina que, caida del cielo, le venía para cuidarla en sus dolencias.

Sí..... caida del cielo, porque Leandrilla era un ángel con figura humana.

¡Qué rostro el suyo tan apacible, qué hermosos sus ojos, no ménos azules que el firmamento! El cabello, abundante y rubio, formaba sobre las sienes de la niña un encaramado moño de apretadas trenzas; la carita, redonda y animada, parecia despedir un fulgor angélico; la voz sonaba como deben sonar las músicas del Eden. En su presencia y á su lado experimentábanse ambiciones ignotas de bienes que aquí no es posible conquistar; nacíanle alas al espíritu, y volaba, volaba, guiado por aquel ángel, y no sé dónde, muy léjos; más allá de las estrellas.

Habia cumplido Leandra los doce años; era alta, espigadita, con formas robustas, pero sin rotundez, mostrando en esperanzas los frutos de una juventud espléndida.

Causaba lástima verla en la fuente, soportando el cantarillo de encarnado barro, que la abrumaba con su pesadumbre, y áun más lástima contemplar cómo trabajosamente subia los doscientos escalones del revuelto y entornillado caracol de la torre con aquella carga en la débil cadera.

III.

Empieza el martirio.

La niña trabajaba cuanto podia. La tia Requiescat conjugaba en el lecho el verbo latino que la sirvió de mote, y el tio Basilio, ó zarandeaba las campanas en el último piso de la torre, ó zarandeaba el vaso de vino en la taberna hasta que perdia piés y cabeza y empezaba él mismo á zarandearse, si no entregaba las costillas al suelo á la primera ese. En el caso de que esto último no ocurriera, á duras penas alcanzaba la altura de su domicilio, y cayendo y levantando, ascendia por la tortuosa escalera y entraba estrepitosamente en el chiribitil.

—Siempre en la cama—gritaba señalando con el dedo índice á su mujer, sin interrumpir ese clásico contoneo que produce la embriaguez—siempre entre las mantas.

—Alzate y trabaja, que lo que tienes sólo es pereza y vicio.

—Calla, borracho—solia contestarle la vieja con calma, propia de quien está acostumbrado á tales flores y cariños.—Yo estoy mala; sí que lo estoy. Tu sobrina..... Leandra..... Esa es la que me ha hecho mal de ojo..... Pícara, holgazana..... Cada dia me siento peor..... Me han echado una maldicion. Desde que vino á casa, que ántes era una balsa de aceite, se me metió *el malo* en el cuerpo..... Ese es el premio que concede Dios al que hace obras de caridad..... ¡Leandra, holgazana!.... Baja por un cubo de agua..... Mira, Leandra, acércame ese jarro..... Yo me malicio que pones algun veneno en las medicinas.....

La pobre niña rompia á llorar amargamente, y se apresuraba á obedecer; pero su turbacion y amargura trastornábanla de manera, que equivocaba todo cuanto la pedian, lo cual era motivo de crueles reprimendas y fuertes porrazos que campanero y campanera le pegaban. ¡Pobrecilla! Un dia recibió en la espalda golpe tan fuerte del canalla de su tio, que rodó cerca de veinte escaleras y quedó sin sentido. Permaneció en la escalera, hasta que, vuelta en sí, el frio y el dolor de las heridas que sufriera la demostraron que no habian terminado sus desgracias, y subió á la habitacion para escuchar una atroz filípica, salpicada de bárbaros epítetos y palabras feas, porque ¡se habia estado en la calle jugando con los chicuelos de la vecindad! La infeliz Leandra cruzaba el sendero de la vida entre zarzas y matorrales, que la mortificaban lastimosamente; pero era tan buena, que nunca experimentó deseo de venganza de aquellos ultrajes, ni manifestó de otra suerte su dolor que derramando lloro amarguísimo, en silencio.

Hay algunas personas cual Leandra. Para estas personas

hizo Dios el llanto, como hizo para otras la risa. ¡Triste reparticion!

IV.

Más de cinco meses se cumplieron de la muerte del padre de Leandra, y ésta seguia en la torre, perdiendo de dia en dia aquella salud, aquellos colores y aquella robustez con que al principio la vimos. No iba mejor la tia Requiescat, cuyo consumido cuerpo no era sino un monton de huesos encerrado en un saco de piel amarillenta y verdosa. Habíase enronquecido su voz, que nunca fué dulce y bien templada, y agriádose su carácter, que tampoco se tuvo jamas por sociable y afectuoso. En vano se aplicó cuantos remedios prescribe la terapéutica casera de ciertas gentes, desde colgarse al cuello un alfiletero que encerraba dos pares de lagartijas, hasta dormir tres noches con los brazos en cruz; en vano el tio Basilio apeló á la ciencia de su amigo, gran saludador y hábil curandero, el cual, tras detenido exámen y juicioso análisis de un pelo de la enferma, segun es uso y costumbre entre los de su andariega facultad, resolvió que el demonio estaba en el vientre de la tia Requiescat y no saldria ni á tres tirones de la habitacion que habia elegido; inútilmente, en fin, se llamó al doctor, que dispuso la privacion del vino que la paciente usaba á grandes dósis. La tia Requiescat declaró que el único hombre entendido en medicina era el saludador, que descubriera en un punto la causa de la postracion en que ella estaba, determinando no apartarse de su querido jarro, ántes bien, dispararle á la boca dos ó tres veces cada veinticuatro horas, con lo que si el diablo no tomaba el portante y se largaba á buscar ménos húmedo hospedaje, era preciso reputarle el mayor borracho del universo del mundo. El tio Basilio, por no ser ménos que su mujer, dióse tambien á la bebida, y en medio de este matrimonio, la desdichada niña pasaba las penas del purgatorio.

La tia Requiescat mandaba á Leandra subir á la torre veinte ó treinta cántaros de agua, y la niña obedecia, resignándose á aquel mortal ejercicio. Dijérase que la endemoniada vieja tenía la manía del agua como la del vino; pero no hay tal, sino que el gusto de mirar á la niña angustiada de fatiga era el único que sacaba de su vil existencia.

—¡Tunanta!—la decia.—¡Holgazana! ¡Cuidado con subir los cántaros á medio llenar!..... ¿Quieres que los demas trabajemos para tí? ¿Quieres que todos los de la casa nos afanemos para que la princesa se tumbe á la larga? ¡Miren la señora Melindres! Anda por agua, que me has embrujado, y miéntras no sane yo has de vivir en el mismo infierno.

Leandra adquirió, al cabo, la costumbre del silencio, la de la obediencia pasiva, y aceptaba aquella lenta muerte que la Providencia le ofrecia con el nombre sarcástico de vida.

J. Ortega Munilla.

(*Se continuará.*)

REVISTA DE MODAS.

Paris, 10 de Diciembre de 1882.

«Todo el mundo no va á Corinto», dice un proverbio frances. Todo el mundo no puede ir á pasar el invierno en los deliciosos climas donde el sol sale siempre temprano, podríamos decir nosotros con más razon y oportunidad. Ese lujo se halla reservado á las golondrinas, á los ruiseñores y á los afortunados mortales á quienes ninguna ocupacion ni obligacion forzosa encadena al triste invierno parisiense.

De lo cual resulta que multitud de personas de las más ricas y aristocráticas se han visto forzadas á regresar á este nebuloso y enlodado Paris, y que empiezan á consolarse dando muchos banquetes y no pocas *sauteries* de confianza, que nos conducirán lentamente á las *soirées* de recepciones con música y comedia, y á los grandes bailes.

La *toilette* de banquete es, por lo general, lo que se llama vulgarmente la *demi-toilette:* vestido corto ó semi-largo; corpiño un poco escotado. Este traje puede ser sencillo ó muy elegante, pero no debe confundirse de ningun modo con el vestido de baile. Tanto en uno como en otro caso, hay dos condiciones esenciales, que hay que tener muy en cuenta, á saber: el corsé y las enaguas. El vestido más elegante aparecerá desairado si se descuida cualquiera de estos dos puntos. Las medias colas, que vuelven á estar de moda este año, exigen un poco de sosten para muchas personas. Algunas, es cierto, prefieren llevar la *tournure* poco abultada; la falda, corta, enteramente ceñida, y la cola, separada sin ninguna clase de enagua *sosten*.

Este último estilo, en extremo elegante, no es accesible á todo el mundo, y sólo puede admitirse con telas muy lujosas, cuyos hermosos pliegues y sedosos reflejos no tienen necesidad de ningun artificio. Pero la segunda base de la *toilette*, como lo he dicho en várias ocasiones, es un corsé perfectamente confeccionado.

Actualmente, la última moda consiste en hacer el corsé de raso, sin forrar. El color de rosa, rosa té, salmon, paja, blanco crema y malva claro son los más de moda en *soirées* y bailes.

El negro y los colores zafiro, ámbar gris y cobre se llevan en los trajes de calle, visita y paseo. De los mismos colores se hacen las *brassières*, de que he hablado en otras revistas, que carecen de ballenas, y que sirven, no para vestir, sino para sostener el talle cuando el corsé cansa ú oprime demasiado.

No hay nada más cómodo para las personas que no puedan resistir el corsé.

En cuanto á éste, es absolutamente necesario moderar la exageracion de la moda, que le concede dimensiones excesivas en el sentido de la longitud, y demasiado pequeñas por lo que hace á su anchura.

Debo mencionar, por último, el corsé de tul doble, flexible y ligero para *soirées dansantes*, y que conviene principalmente á las personas de talle esbelto y delgado.

Como decia al principio de esta crónica, se piensa ya en los vestidos de baile. Prepáranse, para adornarlos, multitud de flores de las más nuevas y preciosas que es posible inventar.

Se disponen estas flores en forma de guirnalda, de ramos, de *paniers*, montados sobre tul grueso, y que se colocarán, preparados así, sobre el vestido.

Los pájaros se mezclarán con las flores. He visto últimamente unas golondrinas puestas sobre ramos de rosas, y colibrís medio escondidos entre un ramaje de formas y colores de un efecto prodigioso.

Miéntras llega la exhibicion de esos portentos de elegancia, se principiará por las modestas rosas de Navidad, las crisantemas blancas, llamadas «penacho de Enrique IV», y finalmente, los espléndidos ramos de tulipanes de terciopelo de colores matizados. Estas flores, sobre todo las últimas, se llevarán con telas ligeras y claras, á fin de evitar toda clase de confusion, toda apariencia de imitacion de los magníficos brocados de ramos grandes sobre fondo pálido.

A semejanza de los trajes de calle ó visita, los vestidos de baile formarán una mezcla de várias telas: sedas claras, lisas ó bordadas; bandas y túnicas de telas ligeras, y corpiño de seda clara ú oscura, como raso, terciopelo otomano, siciliana, terciopelo liso ó felpa.

Despues de haber tomado al sexo barbudo el chaleco, la corbata y otras prendas más ó ménos varoniles para aumentar la elegancia de nuestros trajes, hé aquí que ahora hemos adoptado los sombreros de piel rusa, cuyo bonito color sienta bastante bien, principalmente á las jóvenes.

Cuando el empleo de esta piel se halla atemperado por una mezcla de terciopelo oscuro, es realmente lindísimo; pero un simple fieltro *beige*, forrado de terciopelo color de pensamiento y adornado de plumas color crudo natural, será mucho más femenino, y por consecuencia más gracioso.

Para teatro, se llevarán este invierno unas capotas de perlas, color crudo, puestas sobre fondos de terciopelo de colores pálidos, que sentarán muy bien. Irán adornadas con un simple penacho de plumas y unas bridas de cinta estrecha, anudadas sin caidas, á fin de no cubrir con un lazo demasiado voluminoso la abertura del corpiño. Como estamos en la estacion en que se va mucho al teatro, hay que ocuparse de los trajes propios para este género de reuniones.

V. de Castelfido.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1.700.

(Corresponde á las Sras. Suscritoras de la 1.ª edicion de lujo.)

TRAJES PARA NIÑAS Y NIÑOS.

Niño de 3 años. Traje marino de lana azul oscuro. Falda plegada perpendicularmente. Blusa-camiseta formando bolsa en la cintura. Cuello y carteras de las mangas de cachemir encarnado. Peto listado de encarnado y azul.

Niña de 8 á 10 años. Falda de *surah* encarnado, guarnecida de tableados estrechos. Vestido de cachemir encarnado, recortado en forma de lengüetas por su borde inferior. Estas lengüetas descansan sobre unos volantes tableados y llevan por encima un torzal de cinta encarnada, con un lazo grande en el costado. Cuello grande y carteras de terciopelo encarnado.

Niño de 6 años. Pantalon y blusa de paño musgo. La blusa va plegada perpendicularmente por delante. Cinturon de piel color gamuza.

Niña de 8 á 10 años. Vestido *beige*, guarnecido de volantes plegados. Abrigo de paño color de nútria, con cuello grande formando peto; carteras de bolsillo y de mangas, de terciopelo color de nútria. Brandeburgos de arriba abajo y por detras en el talle. Sombrero húngaro de fieltro negro con copa redonda, con ala de pájaro.

Niña de 7 á 9 años. Peto plegado de seda azul oscuro. Vestido de cachemir del mismo color, recortado en puntas sobre la falda, que es tambien azul oscuro y va dispuesta en pliegues anchos. Este vestido, abierto sobre el peto, va guarnecido de un bordado de batista cruda. Cuello y mangas del mismo bordado.

Niña de 12 años. Vestido de siciliana color mostaza, con cuadros encarnados y azules. El borde inferior va plegado. Banda plegada de la misma tela, con lazo igual. Espalda plegada. Delantero de forma princesa.

Niño de 8 años. Traje Luis XV, de paño color de *pan tostado*. Calzon corto y chaqueta larga, adornada, con botones de acero. Medias azules. Corbata azul.

PEQUEÑA GACETA PARISIENSE.

Una moda bien enojosa es esa que nos obliga á erigir, por decirlo así, nuestros trajes sobre una armadura de hierro. Todas las *tournures* que se nos venden parecen hechas sobre el mismo molde, y, sin embargo, pocas mujeres se parecen en el aire y estructura del cuerpo.

Jamas se han puesto á nuestro alcance modelos tan inteligentemente hechos y que mejor se adapten á todos los talles y á todos los grados de robustez, como los que expende la casa P. de Plument (33, *rue Vivienne, Paris*).

Recomendamos la *tournure Protée*, larga ó corta, á voluntad, es decir, hecha en dos partes. Si la quereis corta, es como una *tournure* ordinaria, que desciende hasta la mitad de la falda, bien acondicionada, que sostiene perfectamente la falda, y es muy cómoda para las *toilettes* corrientes; pero si deseais una *tournure* completa, apelais á la segunda parte, compuesta de una vuelta de falda completamente lista, con tres volantes de nansuk guarnecidos de bordados, que se abotona en torno de la primera parte. Es de una comodidad y de una sencillez superior á todo elogio: su precio es de 22 francos.

C. de S.

DÓSIS DE LOS MEDICAMENTOS.

En medicina, la dósis exacta es condicion importantísima del éxito, y hay sustancia de admirable efecto que puede ser inútil y áun nociva si se cambia la cantidad prescrita. Felizmente no sucede así con el **Hierro Bravais**, el mejor de los tónicos, el reconstituyente por excelencia; pero no obstante, deseando rodear su producto de todas las precauciones imaginables, M. Bravais ha inventado un cuenta-gotas que acompaña á cada frasco del **Hierro Bravais**: es un instrumento de fácil manejo para todo el mundo; es como una estampilla, como una firma que garantiza la procedencia y pone en guardia al público contra la falsificacion ó los productos similares.

PARÍS. Corsets pour les modes actuelles. M.mes de Vertus sœurs, 12, rue Auber.—Cette célèbre maison est patronnée par l'élite des dames de l'Europe.

PASTA EPILATORIA DUSSER.

Destruyendo los vellos que afean el rostro. Esta preparacion, absolutamente inofensiva, rejuvenece y hermosea de una manera sorprendente. (1, rue J.-J. Rousseau, Paris.)

Los dolores de estómago, las digestiones difíciles, la anemia, se curan en algunos dias con el ELIXIR GREZ con quina, coca y pepsina. (Medalla de los hospitales.) París, 34, rue de Bruyère y en todas las farmacias.

VINAGRE DE TOCADOR
DE
JEAN-VINCENT BULLY
67, calle Montorgueil, en Paris
MEDALLAS EN LAS EXPOSICIONES UNIVERSALES
PRIMERAS RECOMPENSAS 1867-1878

Este vinagre debe su reputacion universal y su incontestable superioridad sobre el agua de Colonia, como sobre todos los productos análogos, no solamente á la distincion y suavidad de su perfume, sino tambien á sus propiedades sumamente preciosas para todos los usos higiénicos.

El Vinagre de JUAN-VICENTE BULLY ha adquirido, ademas, un favor tal para el tocador, que basta solo para elogiarlo.

La única cosa que queda pues que recomendar al público, es que evite las falsificaciones y que se dirijan á las casas de confianza.

EXIGIR ESTE CONTRA RÓTULO

VÉASE LA NOTICIA QUE VA CON EL FRASCO

Impreso sobre máquinas de la casa P. ALAUZET, de París, con tintas de la fábrica Lorilleux y C.ª (16, rue Suger, París).

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.

MADRID.—Establecimiento Tipográfico de los Sucesores de Rivadeneyra, impresores de la Real Casa.
Paseo de San Vicente, 20.

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

CONTIENE LOS ULTIMOS FIGURINES ILUMINADOS DE LAS MODAS DE PARÍS, PATRONES DE TAMAÑO NATURAL, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, CROCHET, TAPICERÍAS DE COLORES, NOVELAS.—CRÓNICAS.—BELLAS ARTES.—MÚSICA, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DIAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES.

AÑO XLI. MADRID, 22 DE DICIEMBRE DE 1882. NÚM. 47.

SUMARIO.

1 y 2. Sombrero de teatro ó de carruaje.—3. Cenefa para pañuelo.—4. Guarnicion de galoncillo.—5 á 9. Bordados de trencilla.—10. Polaina para señoras.—11 y 12. Vestido de paño y terciopelo.—13 y 14. Vestido de paño bordado.—15 y 30. Vestido de lanilla.—16. Levita de paño.—17. Vestido de raso y tela adamascada, para recibir.—18. Vestido de convite.—19 á 22. Sombreros de invierno.—23 y 24. Traje para niños de 7 años.—25. Traje para niñas de 7 á 9 años.—26. Paletó para niñas de 6 á 8 años.—27. Bata de siciliana y *surah*.—28. Traje de *soirée* y teatro.—29. Abrigo de paño inglés.—31. Vestido para niñas de 8 á 10 años.—32. Levita con brandeburgos.—33. Vestido de cachemir.

Explicacion de los grabados.—Salones, teatros y modas, por *Talime*.—Drama de familia: Cuadro de costumbres contemporáneas, por D. Eusebio Martinez de Velasco.—Revista de Modas, por V. de Castelfidó.—¡Hoy se sortea!, por D. Eduardo Pascual y Cuéllar.—Explicacion del figurin iluminado.—La sangre y el hierro.—Artículos de París recomendados.—Sueltos.—Advertencia.

Sombrero de teatro ó de carruaje.—Núms. 1 y 2.

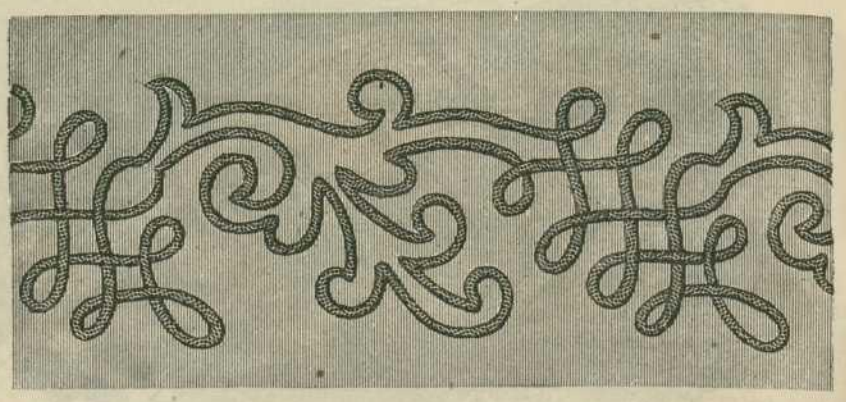
Se hace este sombrero de terciopelo negro ó color de nútria, con fondo de raso extendido, y va adornado de un penacho de plumas negras y encarnadas, y un torzal de terciopelo sujeto con anillas de azabache. La parte de debajo es de raso ajaretado con cabeza fruncida.

Cenefa para pañuelo. (Imitacion del antiguo bordado sobre malla.)—Núm. 3.

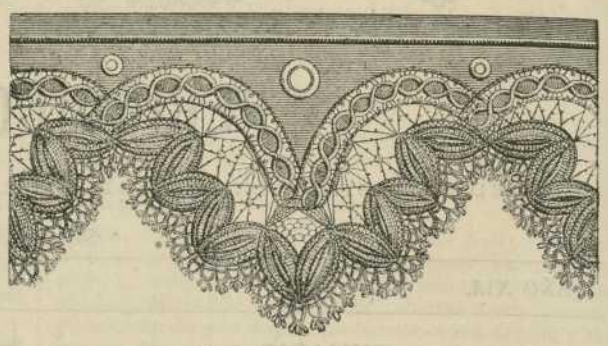
Nuestro dibujo representa la cuarta parte del pañuelo.

1 y **2**.—Sombrero de teatro ó de carruaje. (Visto por ambos lados.)

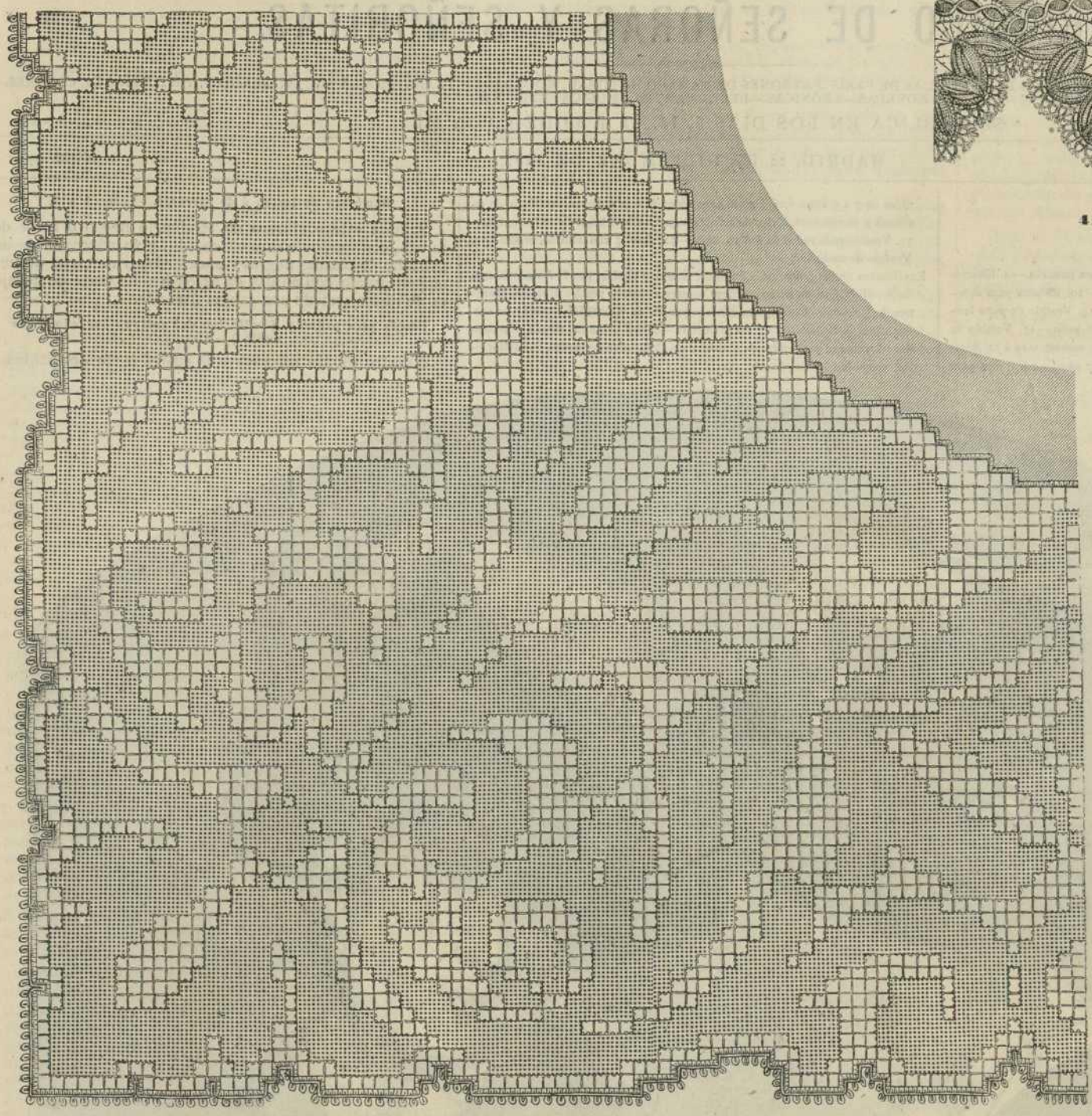
5.—Bordado de trencilla.



6.—Bordado de trencilla.

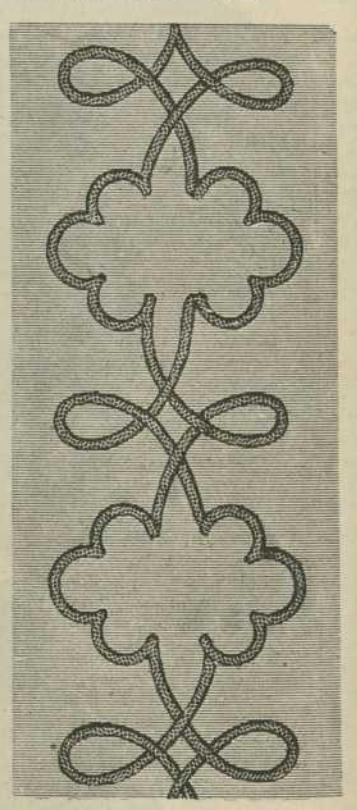


4.—Guarnicion de galoncillo.

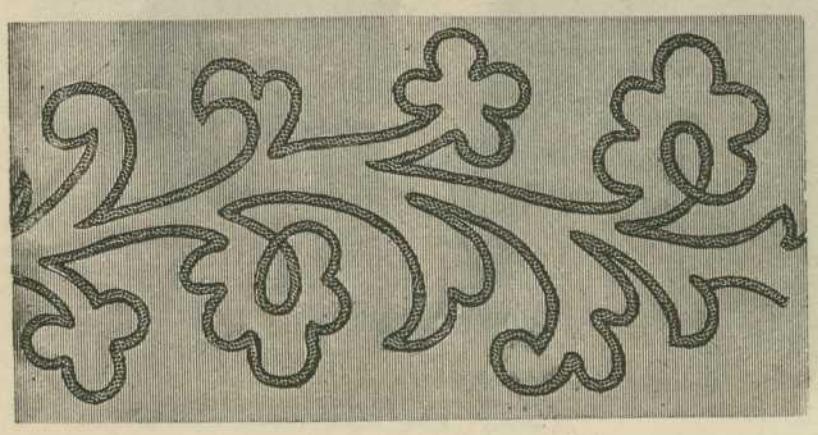


3.—Cenefa para pañuelo. (Imitacion del antiguo bordado sobre malla.)

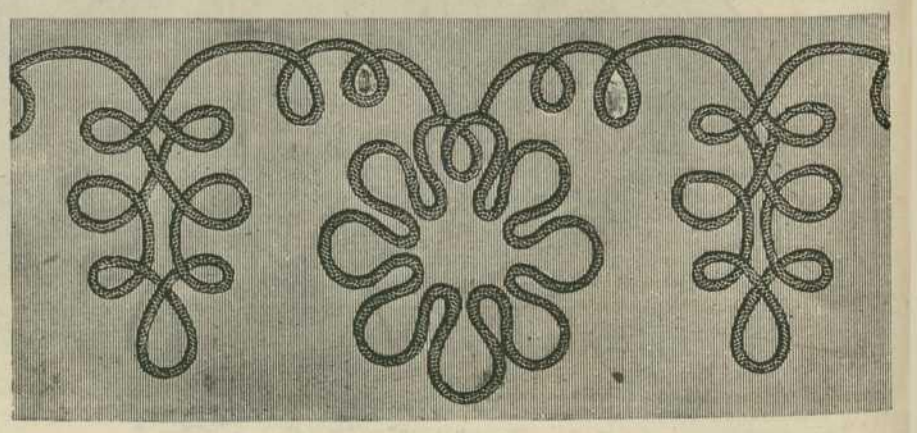
10.—Polaina para señoras. (*Explic. y pat., núm. IV, figuras 23 á 25 de la* Hoja-Suplemento.)



9.—Bordado de trencilla.



7.—Bordado de trencilla.



8.—Bordado de trencilla.

11 y **12**.—Vestido de paño y terciopelo.
Espalda y delantero.
(*Explic. y pat., núm. VIII, figs.* 31 á 41 *de la* Hoja-Suplemento.)

15. — Vestido de lanilla. Espalda.
(*Véase el dibujo* 30.)
(*Explic. en el* verso *de la* Hoja-Suplemento.)

13 y **14**.—Vestido de paño bordado. Delantero y espalda.
(*Explic. en el* verso *de la* Hoja-Suplemento *al presente número.*)

Para ejecutar esta labor, hay que hacer primero, ó comprar, un cuadro de red ó malla del tamaño requerido, y comprar al mismo tiempo hilo muy fino para los bordados al punto de zurcido. Cuando los bordados se hallan terminados, se montará la cenefa sobre un centro de batista, que irá fijado al hilo con un punto de feston apretado, como indica el dibujo. El borde exterior de la malla va adornado con un feston de piquillos.

Guarnicion de galoncillo.—Núm. 4.

Para ejecutar esta guarnicion se necesitan dos clases de galoncillo: galoncillo de medallones para las puntas exteriores, y galoncillo recto calado para las de dentro. Los galoncillos van reunidos entre sí por medio de barretas hechas con hilo muy fino. Un piquillo ó puntilla rodea las puntas inferiores. Esta puntilla, lo mismo que el galoncillo, se compra por metros ó por piezas.

Bordados de trencilla. Núms. 5 á 9.

Estos cinco bordados de trencilla sirven para adornar vestidos y confecciones de señoras, y abrigos ó vestidos de niños. Hemos explicado en várias ocasiones la manera de colocar estos dibujos sobre la tela.

Polaina para señoras. Núm. 10.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. IV, figs. 23 á 25 de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

16.—Levita de paño.
(*Explic. en el* verso *de la* Hoja-Suplemento.)

17.—Vestido de raso y tela adamascada, para recibir.
(*Explic. y pat., núm. VII, figs.* 28 *á* 30ab, *de la* Hoja-Suplemento.)

18.—Vestido de convite.
(*Explic. en el* verso *de la* Hoja-Suplemento.)

Vestido de paño y terciopelo. Núms. 11 y 12.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. VIII, figs. 31 á 41 de la *Hoja-Suplemento.*

Vestido de paño bordado. Núms. 13 y 14.

Véase la explicacion en el *verso* de la *Hoja-Suplemento.*

Vestido de lanilla. Núms. 15 y 30.

Véase la explicacion en el *verso* de la *Hoja-Suplemento.*

Levita de paño. Núm. 16.

Véase la explicacion en el *verso* de la *Hoja-Suplemento.*

Vestido de raso y tela adamascada, para recibir. Núm. 17.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. VII, figs. 28 á 30ab de la *Hoja-Suplemento.*

Vestido de convite. Núm. 18.

Véase la explicacion en el *verso* de la *Hoja-Suplemento.*

Sombreros de invierno. Núms. 19 á 22.

Núm. 19. *Sombrero de visita.* Es de terciopelo negro, y va guarnecido de plumas color granate. Bridas de terciopelo otomano negro.

Núm. 20. *Sombrero Mascotte.* Es de terciopelo y encaje color de esmeralda, con plumas del mismo color. Bridas de terciopelo otomano.

Núm. 21. *Sombrero parisiense.* Este elegante sombrero es de terciopelo extendido, color de piel natural, y va guarnecido por encima y por debajo de rosas color rubí y de un aguilucho. Bridas de terciopelo otomano.

19.—Sombrero de visita.

20.—Sombrero Mascotte.

23.—Traje para niños de 7 años. Delantero.

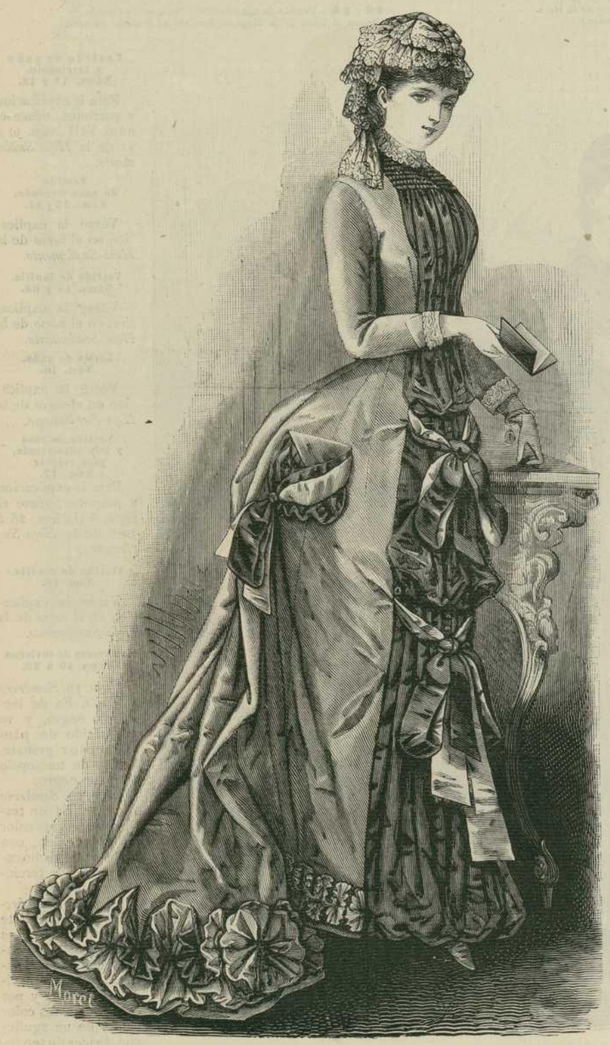
25.—Traje para niñas de 7 á 9 años. (*Explicacion en el* verso *de la* Hoja-Suplemento.)

26.—Paletó para niñas de 6 á 8 años. (*Explic. y pat., núm. IX, figs.* 42 *á* 46 *de la* Hoja-Suplemento.)

24.—Traje para niños de 7 años. Espalda.

21.—Sombrero parisiense.

22.—Sombrero Gainsborough.



27.—Bata de siciliana y *surah*. (*Explic. y pat., núm. I, figs.* 1 *á* 7 *de la* Hoja-Suplemento *al presente número.*)

29.—Abrigo de paño inglés. (*Explic. y pat., núm. II, figs.* 8 *á* 15 *de la* Hoja-Suplemento.)

30.—Vestido de lanilla. Delantero. (*Véase el dibujo* 15.) (*Explic. en el* verso *de la* Hoja-Suplemento.)

31.—Vestido para niñas de 8 á 10 años. (*Explic. y pat., núm. III, figs.* 16 *á* 22 *de la* Hoja-Suplemento.)

32.—Levita con brandeburgos. (*Explic. en el* verso *de la* Hoja-Suplemento.)

33.—Vestido de cachemir. (*Explic. en el* verso *de la* Hoja-Suplemento.)

28.—Traje de *soirée* y teatro. (*Explic. en el* verso *de la* Hoja-Suplemento.)

Núm. 22. *Sombrero Gainsborough.* Va guarnecido de nueve plumas negras y de unos clavos gruesos de azabache. Una tira ancha de terciopelo negro rodea la copa.

Traje para niños de 7 años.—Núms. 23 y 24.

Este traje es de paño verde oscuro y va guarnecido de correas de terciopelo negro. Se compone de calzon corto, sujeto por debajo de la rodilla con un elástico; chaleco largo y paletó.

Traje para niñas de 7 á 9 años.—Núm. 25.

Véase la explicacion en el *verso* de la *Hoja-Suplemento.*

Paletó para niñas de 6 á 8 años.—Núm. 26.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. IX, figuras 42 á 46 de la *Hoja-Suplemento.*

Bata de siciliana y surah.—Núm. 27.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. I, figuras 1 á 7 de la *Hoja-Suplemento.*

Traje de soirée y teatro.—Núm. 28.

Véase la explicacion en el *verso* de la *Hoja-Suplemento.*

Abrigo de paño inglés.—Núm. 29.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. II, figuras 8 á 15 de la *Hoja-Suplemento.*

Vestido para niñas de 8 á 10 años.—Núm. 31.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. III, figuras 16 á 22 de la *Hoja-Suplemento.*

Levita con brandeburgos.—Núm. 32.

Véase la explicacion en el *verso* de la *Hoja-Suplemento.*

Vestido de cachemir.—Núm. 33.

Véase la explicacion en el *verso* de la *Hoja-Suplemento.*

SALONES, TEATROS Y MODAS.

Qué quincena, lectoras mias, qué quincena tan poco feliz!

Primera contrariedad: los Sres. de Corona aplazaron el baile, que debió verificarse en la noche del 8, y que diferirán hasta principios del próximo Enero.

Segunda: la nieve se presentó con la inoportunidad más completa del mundo, helando la *soirée* que el 11 dieron los Sres. de Polo, quienes, con una amabilidad digna de los mayores elogios, sin que el tiempo les sirviera de fundada disculpa para suspender esa fiesta, obsequiaron con ella á sus amigos.

Estos, atemorizados por el tiempo, juzgaron que presentarse en casa de los Sres. de Polo era ni más ni ménos que emprender un viaje al Polo Norte.

Se repartieron doscientas invitaciones..... ¡Si caeria nieve durante aquellas horas, que sólo se arriesgaron á ir unas veinte personas!

Esto no impidió que se bailára, que la reunion se prolongase hasta más de la una, y que en aquel elegante comedor, en cuyas paredes, diversos, antiguos y artísticos platos dan exacta idea del gusto de los dueños de la casa, no impidió, repito, que otros platos colocados sobre la mesa, no sé si de igual mérito intrínseco, pero sí llenos de dulces, pastas, *croissants* y *petis pains*, fueran digno acompañamiento para el exquisito té y las diversas bebidas.

Los Sres. de Polo ofrecieron que en el próximo Enero darian otra reunion; anhelamos y rogamos que cumplan esa promesa, esperando que no nieve y que alumbre *la luna más clara de todo el año.*

La noche siguiente, es decir, la del 12, segun estaba anunciado, se verificó el baile de la Legacion inglesa, en celebracion del cumpleaños de miss Morier.

Decia con razon un amigo mio:

«¡Dichosa edad, en que se solemniza con un baile el tiempo que pasa!»

Aunque tampoco la temperatura fuera buena, como todo ha de ser relativo en este mundo, si la comparábamos con la de la noche anterior, resultaba hasta hermosa; no nevaba; los coches podian salir, y el frio era ménos intenso.

Esto bastó para que el baile estuviese animado, si bien faltó bastante gente, temerosa, sin duda, de que volviese á nevar, pues así lo prometia el cariz del cielo.

Hablemos de la concurrencia, y vayan unos cuantos nombres y unas cuantas *toilettes.* La de lady Morier era preciosa: vestido color gris rameado de blanco; Duquesa de Medina de las Torres, falda de raso gris y corpiño de terciopelo verde musgo; era un traje riquísimo. Encarnado, con adornos de gasa del mismo color y campanillas de colores, el de la Duquesa de la Torre. De verde oscuro y de tisú rojo con oro iba la Duquesa de Fernan-Nuñez. De blanco, luciendo en la cabeza magníficos brillantes, la Marquesa de Villa Mantilla.

De gro encarnado, con flores de terciopelo de diversos colores, iban la Marquesa de la Laguna y la Vizcondesa de Aliatar; estos dos trajes los anuncié en mi anterior Revista.

La primera de estas dos señoras ostentaba, segun costumbre, soberbios brillantes; la segunda lucía en el cuello un magnífico broche de perlas negras. Traje color canario y flores azules constituia la *toilette* de la Condesa de Villagonzalo, digna de ella, por lo linda. De color lila y preciosamente bordado, el traje de la Condesa de Berlanga del Duero. Vestidas de negro, las Marquesas de Casa-Irujo y Torrecilla y Condesa de Valencia de Don Juan. La señora de Alonso Martinez, de azul con encajes negros; de rosa pálido, la de Comyn; la de Mendez Vigo, verde oscuro; raso *loutre*, la de Sandoval; la Condesa de Casa-Sedano, azul oscuro y blanco; la de Segur, corpiño de *peluche* granate y falda rosa.

¡Y qué difícil es retener todos los trajes y todos los nombres, aunque mi memoria fuera superior á la del mismo Menéndez Pelayo!

Así es que no puedo, bien á mi pesar, decir cómo iban vestidas otras señoras y señoritas no ménos elegantes, no ménos conocidas y no ménos hermosas que las precitadas. Entre ellas, recuerdo á las Marquesas de la Romana, Portago, de la Puente de Sotomayor, con su hija; la de San Felices, con la suya; las Condesas de San Rafael de Luyanó, Sástago, Campo Alange, Seilern, y de Puñonrostro, con su hija Rosalía; las de Moret, Stuers, Sikler, Lasquety, Guillaneas, Serrano, Gallostra, Alonso Martinez, Salavert, Caro, San Saturnino, O'Donnell, Vargas, Tuero, Caicedo, Medina, Lemery, Crooke, Méndez Vigo, Hernández Crooke, Corona, Weil, Osma y Ruata.

Hombres importantes: Cánovas del Castillo, Moret, Marqués de la Habana, Duques de Tetuan y de Fernan-Nuñez, Gallostra, Correa, Conde de las Almenas, y la mayor parte de los diplomáticos residentes en Madrid.

Eran las cuatro de la madrugada y se bailaba aún. El cotillon, dirigido por el segundo Secretario de la Legacion, empezó despues de las dos; fué muy divertido, hubo orden y caprichosas figuras, bases esenciales para que se prolongára á gusto de todas las parejas.

El *buffet*, espléndido y delicado.

Dignas de admiracion las porcelanas que adornan el comedor.

Y muy digna de imperecedero recuerdo la fiesta en general.

¿He dicho *general?* Pues aprovechemos la palabra para decir que el general Corona nos ofreció ayer mismo que muy pronto bailaríamos en su casa. Así sea.

Y ya que de la Legacion de Méjico hablo, diré tambien que el sobrino del Presidente de aquella República, Sr. Prida, debe contraer en breve matrimonio con la Srta. de las Casas. La boda se verificará en la Capilla del Sagrado Corazon; el matrimonio civil, al dia siguiente, en los salones de dicha Embajada, y..... no sé si con este motivo, los señores de Corona preparan á sus amigos el gusto de bailar allí, sin que esto sea óbice para la fiesta que tienen ademas anunciada.

En una crónica anterior dije algo sobre el concertado enlace de una lindísima señorita con un ex-diputado conservador; en la siguiente, ya me lancé á dar detalles, diciendo que ella es hija de un diplomático, y que el apellido de él es..... muy sagrado. En la última volví á asegurarlo, y en ésta, ya que otros periódicos lo han dicho, puede LA MODA, sin temor á ser indiscreta, repetir que se trata de la Srta. de Romea y del Sr. La Iglesia, aprovechando esta ocasion—como se saluda por escrito—para expresarles la seguridad de nuestros excelentes deseos porque la suerte sea sumamente pródiga con ellos.

Muy divertida, muy amena—como diria un castizo académico—la velada musical de la Sra. Condesa de Catres.

Una indirecta á las amabilísimas personas que dan bailes: si yo los pudiera dar, lo haria cuanto ántes, porque el dia 7 de Febrero es ya Miércoles de Ceniza, y hay, por lo tanto, que aprovechar este escaso mes y medio.

No es el mártes, sino el juéves, cuando recibe de dia la Sra. Marquesa de Selva Alegre, que duda si dar ó no una *soirée intime*, en su precioso hotel; yo, en nombre de sus íntimos, le aconsejo que no vacile en darla.

Bailes en proyecto: uno en casa de la Condesa de Velle; dos en la de la Duquesa de la Torre; otro en la de los señores de Santos Suarez, y no es seguro aún el de la Legacion de Holanda, como es tambien prematuro afirmar que den una gran cena, en la noche del 24, los Duques de Fernan-Nuñez.

Si el valle es para las adelfas, el arroyo para las ninfas, el rio para la náyade, el mar para las sirenas, el campo para las bacantes, y para los faunos los bosques, la nieve es para..... los cocheros.

¡Con qué gusto han visto caer sus copos y con qué alegría los han pisado! Gracias á eso, han tenido dos dias de vacaciones; y si hubo alguno que *enganchó*, se impuso de tal manera á ese público del cual es, ordinariamente, súbdito, que se atrevió á pedir cinco duros por hora y dos por la carrera. Entónces el público optó por ir á pié, por caerse, ó permanecer en su casa.

Los madrileños han sido más valientes y más curiosos en esta nevada que en otras; ha habido mucha gente por las calles, por el Retiro y..... por el suelo, en donde he visto á más de una conocida señorita, cuyos piés tuvieron á bien no sostenerla, y presencié su cómoda caida frente al autor del *Quijote*, en la plaza de las Córtes. Allí la encontré sentada y más muerta de risa que de frio.

Varios jóvenes alegres y elegantes—y digo elegantes, porque el buen humor *viste mucho*—tuvieron la idea de pasear por la Castellana en dos mecedoras tiradas por dos *poneys;* pero no sé si la realizaron al fin: la empresa resultaba arriesgada y difícil.

Se han visto muchos hombres célebres helados, ó muchos helados de hombres célebres, como ustedes quieran, pues diversas estatuas de nieve más ó ménos bien hechas y parecidas, adornaban algunas calles.

El pueblo se convirtió en escultor.

No faltó, sin embargo, una verdadera obra de arte, en nieve; un gato, hecho por el reputado artista Sr. Mélida, admirablemente trabajado: parecia un verdadero Angola; su deshielo fué una muerte para cuantos tuvieron la suerte de poderlo admirar, y más aún para la distinguida dama que fué su dueña durante unas horas, y que pudo decir:

..... Les plus belles choses
Ont le pire destin;
Et beau, il a vecut ce qui vivent les roses,
L'espace d'un matin!

El acontecimiento teatral ha sido el de anteanoche en el teatro Español.

Se estrenaba una obra de D. José Echegaray; esto equivale á decir que conseguir una localidad era un triunfo, y que á las tres de la tarde el consabido anuncio de *No hay billetes* se ostentaba en el despacho.

El Sr. Echegaray debe hallarse tan acostumbrado á los aplausos, sabe tan bien lo que es triunfar, que para él las aclamaciones de anteanoche serian un floron más que añadir á la corona del genio con que puede ceñir su frente. ¡Envidiable nobleza!

El éxito de anteanoche fué uno de los más completos que recuerdo haber presenciado en el teatro Español. Críticos de indisputable autoridad y el público ilustrado, que le aplaude y aplaudirá, pueden entrar en detalles para comparar unas escenas con otras, eligiendo el primero, segundo ó tercer acto como superior, y calculando si falta ó sobra algo, pues no hay obra humana perfecta. Pero yo, que sólo me hago eco de la apreciacion espontánea, general, y de mis sinceras impresiones, felicito al Sr. Echegaray con verdadero júbilo, y quede, repito, el juicio crítico para los que pueden y saben hacerlo; esto fuera para mí un verdadero *conflicto entre varios deberes.*

En el teatro Real, cuando canta Massini, mucha, muchísima gente; cuando este notable tenor descansa, se fatiga el público, pues no tolera ni oye con gusto las óperas en que aquél no toma parte.

Nada nuevo, nada notable en el de la Comedia. Tan sólo un sainete, titulado *La primera Postura*, divierte bastante al público, que celebra, con justicia, la acertada ejecucion, por parte de Julian Romea, á quien, indudablemente, tienen que haberle apretado las botas muy á menudo. Es la mejor lisonja que puede hacérsele.

La Empresa de Price, en donde *La Mascotte* sigue atrayendo numeroso público, debe cantar á su vez:

Feliz aquel que el cielo dotá
De una *Mascota.*

°°°

Una dama muy encopetada, á su amiga:

—¿Quién es ese que te saluda?

—Un hombre tan audaz, por la claridad con que expresa lo que piensa, que es el temor de todas las personas que temen ser juzgadas.

—Preséntamelo ahora mismo; verás cómo no se atreve á decirme nada; verás cómo lo confundo con media palabra.

Hecha la presentacion, dice la encopetada señora al audaz caballero:

—Supongo que no vendrá V. á echarme en cara mis defectos.

—No, señora—respondió él—yo no me ocupo nunca de lo que es conversacion de todo el mundo.

TALIME.

Madrid, 16 de Diciembre de 1882.

DRAMA DE FAMILIA.

CUADRO DE COSTUMBRES CONTEMPORÁNEAS.

Una de las poblaciones más lindas y más ricas de la costa cantábrica es Gijon, la antigua *Gigia Augusta* de los romanos.

Levántase en fértil llanura, abrigada por una colina siempre verde y fresca; al Norte se extiende la ancha bahía, entre los descarnados peñascos de Santa Catalina y San Pedro; al Oriente, á lo léjos, alzan su enhiesta frente peladas rocas, en cuyos picos anidan las águilas y en cuyos quebrados cimientos se estrellan las olas del Océano.

Añádase un cielo esplendente y diáfano, aire suave, temperatura igual y deliciosa, viviendas cómodas y baratas, jardines poblados de naranjos y limoneros, mucha caza del cercano bosque de Contrueces y muchos salmones de las *cuerdas* del Nalon; añádase tambien que á las puertas del histórico pueblo silba ya la mensajera del progreso moderno, la locomotora; que en su tranquila *concha*, tan grande como la famosa de San Sebastian, se mecen buques mercantes de todos los países cultos; que sus cercanías están sembradas de ruinas venerables, de gloriosos recuerdos y poéticas tradiciones.

Gijon se llena, durante el verano, de la buena sociedad asturiana y leonesa: sus casitas blancas, frescas, alegres, rodeadas de bosquecillos olorosos y defendidas de los rigores del sol, con anchas persianas verdes en forma de toldo, á guisa de atrio pompeyano, guarnecido de flores y plantas delicadas; sus casitas blancas, decimos, ofrecen entónces agradable hospitalidad á numerosas familias de allende el Duero, y á otras muchas de la buena sociedad madrileña.

Cosa rara, por cierto, cuando Gijon no se llama Biarritz, ni posee las aguas maravillosas de Eaux-Bonnes ó Cauterets, ni ha sostenido nunca *partidas* tan aristocráticas y ruidosas como las de Spa ó Baden-Baden.

En cambio, el bañista despreocupado tiene ocasion de pescar en lancha, y exponerse á la *querencia* del Nordeste, que le arroje, por buena suerte, y haciéndole doblar el cabo de Peñas, á la embocadura de la ria de Aviles.....

Pero basta de preliminares.

°°°

Á las diez de la mañana, en un dia de Agosto, sintió la señorita Adela que un bastoncito de fino junco golpeaba con misterio en la persiana de su cuarto, un cuarto bajo con vistas al jardin.

—¡Pedro, Pedro!.....—exclamó la niña levantándose, alzando un poco la persiana y arrojando su labor de *crochet.*

—¡Adela querida!—contestó desde fuera una voz simpática y varonil.

—Hoy no te he visto.....

—¿Has ido á la playa esta mañana?

—Sí, con mamá y á la hora de costumbre..... ¿Por qué no has ido tú, Pedro?

—¡Ay, Adela! El Vizconde me atormenta mucho..... Anoche dijo en el Casino, á voz en grito, entre copas de cerveza y humo de habanos, que hoy llegaria su padre á Gijon para pedir tu mano.....

—No, jamas..... Yo te amo, Pedro; yo sólo amo á tí.....
—Eres rica y él tambien..... ¡Yo soy pobre!
—No digas eso; me haces daño.....
—¿Y tus padres? ¿Y tu mamá?
—¡Oh Dios mio!
—¿Lo ves, Adela? Tú tambien tienes miedo de una desgracia.....
—Te digo que no..... ¡Ay! Véte, Pedro, véte; que viene mi mamá..... Corre, no te vea.....

Y la hermosa niña dejó caer la persiana, tomó el *crochet* y sentóse en la butaca.

Y miéntras Pedro se escondia entre los árboles del parquecillo, la Condesa de Alto-Sueño, madre de Adela, entraba con gran solemnidad en el cuarto de su hija.

Eugenia, Condesa de Alto-Sueño, frisaba en los cuarenta años.

Habia sido en su florida juventud una morena encantadora, de ojos negros y chispeantes, de rizados cabellos, de cútis suavísimo y trasparente; pero la mano implacable del tiempo habia dibujado ya algunas arrugas en sus facciones delicadas, oscurecido el brillo ardiente de sus ojos y matizado con plateadas hebras su negra y abundosa cabellera.

Era una de esas mujeres que parecen como destinadas á la indolencia y al fausto, que hacen feliz á un capitalista despilfarrador é indiferente, y arruinan á un hombre honrado y laborioso, de mediana posicion social; una mujer cuyas aspiraciones eran antojos costosísimos, y cuyo espíritu superficial y frívolo se alimentaba de chismes de salon, de ligerezas vulgares, de devociones y rezos perfectamente mecánicos.

En cierta época de su vida corrieron de boca en boca, entre carcajadas irónicas, ciertas habladurías que lastimaban su honra; pero nos apresuramos á decir que tales atrevidas especies formaban singular contraste con la amable confianza que Eugenia merecia á su esposo.....

¿Qué honor se libra de la mordacidad de los desocupados? ¿Cuál dama de alto rango no figura, poco ó mucho, en la crónica ligera de los murmuradores de la *high life?*

Por lo demas, la Condesa de Alto-Sueño era una buena señora, que dejaba el lecho á las doce del dia, que se ostentaba en lujosos trenes en la Castellana y en el Retiro, que tenia *entresuelo* en el Real y platea en el Español, que rezaba todas las noches la Corona del Rosario, bostezando ruidosamente y casi hundida en el ancho divan de terciopelo que adornaba su oratorio.

Adela, su hija, apénas tenia veinte años: era hermosa, blanca y muy pálida; sus ojos azules, que expresaban dulzura infinita, hacian pensar en los ángeles; sus rubios y ensortijados cabellos, resbalando en lustrosos bucles hasta la garganta alabastrina, encerraban en marco de oro el semblante delicado, aristocrático, fino, de la bella niña.

¡No se parecia á su madre! Habia nacido en el fausto, y estaba anhelando ser feliz con el hombre de su amor, en mediania oscura; jamas pensaba en banales antojos, y su corazon se conmovia profundamente en presencia de la desgracia ajena; escuchaba con atencion y dulce sonrisa los consejos de esa noble maestra de la vida que se llama experiencia, y rechazaba con desden altivo las murmuraciones que sirven de pasto á la malevolencia.

Adela era un ángel, á quien respetaba la mordacidad de los salones: nadie, ni áun las muchachas feas, ni los *gomosos* libertinos, se atrevia á atacar su candidez adorable, su limpia fama.

Pero la condesa Eugenia no estaba satisfecha de su hija: queria que Adela fuese una encantadora señorita, segun su sistema.....

—Me empalaga—solia decir—su aspecto romántico; no puedo soportar su gazmoñería insulsa, sus preocupaciones de niña sentimental.....

Y era así, porque no la comprendia: sus esfuerzos para educarla segun su *sistema* se estrellaban siempre contra la resistencia invencible, aunque respetuosa, de su hija.

Miéntras tanto, viajaba por el extranjero el excelentísimo Sr. D. Ambrosio *de* García, conde de Alto-Sueño, opulento banquero, sagaz bolsista, etc., etc., etc.: subyugábanle los asuntos financieros, y era preciso—dijo á su mujer al despedirse, cuando emprendió el viaje—visitar en tiempo oportuno las principales Bolsas de Europa, con el laudable objeto de ponerse *al tanto* de los grandes negocios en proyecto; acompañó, pues, á su esposa y á su hija hasta Valladolid; ellas siguieron á Leon, Oviedo y Gijon, sin cuidarse para nada, la buena condesa Eugenia, de visitar los preciosos monumentos históricos de las antiguas córtes de Alfonsos y Bermudos, y él continuó su viaje á París, haciendo escala, como si dijéramos, en el Casino de Biarritz.....

Pocas palabras acerca de Pedro, y algunas más sobre el Vizconde, que le atormentaba.....

Pedro era un buen muchacho: tenia en su cabeza talento; en su corazon, la imágen de Adela, á quien habia conocido en Madrid; en su cartera, el título de ingeniero agrónomo; en lontananza, sonriéndole dulcemente, un brillante porvenir.

Pero—¡oh desdicha!—con todo su talento, su amor, su título y sus esperanzas, no tenia un céntimo; por entónces, el sueldo de su primer empleo facultativo (3.000 pesetas anuales y descuento) apénas le otorgaba el derecho de no morirse de hambre.

¡Qué inmensa distancia entre Pedro y el Vizconde de Rota!

Este señorito, hijo de aristocrática familia, ignorante, vano y libertino, era el prototipo de los *gomosos* de la córte: nadie como él para resolver problemas difíciles de indumentaria cortesana, el lazo de la corbata (por ejemplo) ó el color de los guantes, y nadie como él para derrochar alegremente, con tanto *chic*, la fortuna de sus padres.

Mas todo en este mundo, hasta las horas de la disipacion, tiene su límite infranqueable: el Conde de Rota, que no habia tenido carácter para educar bien á su hijo, no pudo ya pagar una enorme deuda de juego de este mozalbete.....

¿Qué hacer en caso tan grave? Pagarla: para hacerlo así, firmó una escritura de depósito, garantizada ademas con su última finca, y aconsejó á su hijo que buscase una rica heredera.....

—Pues ya la encontré.....—se dijo el Vizconde al conocer á Adela en el Real.—Estos flamantes Condes de Alto-Sueño, aristócratas de reciente hornada, desearán mezclar su sangre plebeya con la sangre azul de los verdaderos nobles de Castilla; y como yo desciendo, por línea recta ó torcida, del rey Mauregato ó de Bermudo *el Gotoso*—¡no lo sé á punto fijo!—claro es que los opulentos Condes de Alto-Sueño bailarán de gusto si les pido la mano y los millones de Adelita..... Me caso, y con un solo tiro mato dos pájaros: buena chica y buena renta.....

Acababa de llegar á su casa de Gijon el Sr. Conde de Rota, en compañía de su hijo el Vizconde.

—Vengo á abrir el correo, Adela—dijo la Condesa al entrar en la estancia.

—Bien venida, mamá—contestó la niña, besándola en la frente.

Un ayuda de cámara colocó en el velador de sándalo, que ocupaba el centro del cuarto, una bandeja de plata, atestada de cartas y periódicos, y salió.

Sentáronse las dos damas: Eugenia, envuelta en flotante bata de finísima batista, hundióse en mullida otomana, y comenzó á rasgar con sus lindas manos los sobres y las fajas, que arrojaba desdeñosamente en un cesto de papeles; Adela, próxima á la ventana, por cuya verde celosía entraba claridad incierta, tomó de nuevo el *crochet*, una de esas labores de finísimo encaje, que parecia brotar de sus dedos torneados, como si fuese dibujada en el aire por la brillante aguja de acero.

Ambas callaban: Eugenia, con esa voluble indiferencia de los caractéres frívolos, apénas fijó su mirada en las cartas y los periódicos, que abria por costumbre; Adela, que habia conseguido, con no pequeño esfuerzo, dominar su turbacion, miraba de reojo á traves de la persiana, y creia ver entre los árboles, cerca de ella, la silueta de Pedro.....

De repente, la Condesa de Alto-Sueño exhaló una exclamacion de alegría, y alargando á su hija una tarjeta primorosamente litografiada, dijo:

—Adela, mi querida Adela, ¡qué felicidad!..... Concierto y baile..... Toma, niña, toma y lee.....

La jóven toma la tarjeta y leyó las siguientes palabras:

«Los Condes de Rota suplican á la Sra. Condesa de Alto-Sueño é hija que les hagan el honor de asistir esta noche á un modesto concierto en su casa-palacio.—Se bailará.—Gijon, 15 de Agosto de 187.....»

—¡Oh, querida mia!—exclamó Eugenia.—Es una dicha..... Aquí, en el último rincon de España, encontrar unos Condes tan amables, que nos hacen el honor de invitarnos á sus reuniones con tanta finura y galantería..... ¡Gracias á Dios, porque ya estábamos aburridas!

La jóven ahogó un suspiro, y en seguida murmuró con voz tímida:

—¿Irás tú, mamá?

—Adela mia, irémos las dos..... ¿Cómo quieres desairar invitacion tan obsequiosa?..... Eso sería un delito de lesa elegancia, como dice tu papá..... Ademas, tú serás una joya en el concierto: cantas como una *prima donna;* haces hablar al piano.....

—¡Calla, lisonjera!

—Créeme, Adela: irémos..... y todavía nos darán un millon de gracias los Condes de Rota.

La contrariada Adela se encogió de hombros, inclinó la cabeza y continuó su labor con aparente indiferencia.

—¡Ah, Dios mio!—exclamó la Condesa levantándose.—Es preciso no perder tiempo: el baño, á las cinco; la comida, á las seis; el concierto, á las nueve..... Tenemos más de dos horas para vestirnos..... ¡No es mucho!..... Hasta luégo: voy á dar las órdenes oportunas.....

Y salió de la estancia, tan ligera como una colegiala.

En aquel momento golpeó en la persiana el bastoncito de Pedro.

—¡Todo lo he oido, Adela—exclamó el ingeniero—y perdóname....., porque tu mamá hablaba tan alto..... y yo no podia salir de aquí sin que ella me viera.....

—¡Soy muy desgraciada, Pedro!

—Respóndeme con franqueza: ¿sabe esa señora quién es el Vizconde de Rota?

—Sí.

—¿Sabe que su padre ha venido á Gijon para pedir tu mano?

—Sí, lo sabe: hoy, á las tres, ha de venir el mismo Vizconde á anunciarnos para mañana la visita de su padre..... ¡Pero yo no iré al concierto!.....

—¡Pobre niña! Si tu mamá sabe todo eso y se empeña en que vayas al concierto, irás, porque te obligará á ir..... ¡Dios nos proteja!

—¡No iré, si tú no vas!

—¿Yo? ¡Nunca! Sería capaz de revelar á los concurrentes el lazo indigno que el Conde de Rota y su hijo el Vizconde han echado á tus piés para que en él se enreden tus millones.....

—¡Dios mio, Dios mio!

—Y mi revelacion equivaldria á una bofetada en el rostro de tu madre.....

—¡Pedro!

Pedro ya no la oia: cruzó el estrecho parquecillo, abrió la puerta de la verja, y echó á andar, casi tambaleándose, hácia la playa de Santa Catalina.

Eusebio Martinez de Velasco.

(Se concluirá.)

París, 18 de Diciembre de 1882.

Al contrario de lo que en otro tiempo sucedia, una moda nueva no obliga hoy dia á desaparecer su antecesora. Se la adiciona á sus hermanas mayores, aumentando así el catálogo de modelos de todas clases y para todos los gustos. De este modo, el vestido funda y el vestido ahuecado, los talles largos y las cinturas redondas, las aldetas prolongadas y las aldetas recortadas en las caderas, la falda larga y la falda corta, viven juntas y en amable consorcio, sin tratar de excluirse.

El vestido *funda*, es decir, sumamente ceñido, de magnífico brocado de Lyon ó lujosamente bordado de cuentas, se lleva con corpiño de *paniers* planos y cola princesa de tela lisa.

Este vestido es tan elegante y está tan á la moda como el vestido redondo, bastante corto y muy ahuecado por detras y adornado con una multitud de tableados y de rizados gruesos.

Sin embargo, el corpiño en punta, copiado de las modas del pasado siglo, parece reservado á los trajes de *soirées*, baile, etc. Esta clase de corpiño prolonga el talle, que la parte alta del cuerpo descotado hace siempre aparecer corto, y sienta tan bien con la falda corta como con la cola, áun cuando conviene particularmente al vestido largo. Para bailar, el vestido corto se llevará lo mismo que el de cola; todo depende de la persona que haya de llevarlo.

Pero el género de vestido más airoso y que favorece más es la media cola separada, un poco abullonada por arriba, y que se recoge sobre el brazo, ora para entrar, ora para circular por el salon. La falda redonda debe ir guarnecida á todo el rededor, para poder recoger la cola.

Los vestidos de calle siguen haciéndose de lana oscura y de forma sumamente sencilla. Sólo el traje de visita puede ser elegante, pero tambien de color oscuro. Suele hacerse de dos telas de seda, una lisa y otra labrada, ó bien de lana lisa y seda labrada.

He visto últimamente un precioso traje de este género, que se componia de falda de vigoña granate, listada de arriba abajo con tiras de terciopelo granate con lunares de un verde antiguo.

La parte inferior de la falda figuraba várias faldas escalonadas por medio de tableados y de un rizado grueso de faya granate. Corpiño chaqueta de paño granate perfectamente ajustada.

El manguito es en la actualidad un accesorio muy elegante. Debe ser de piel igual á la que guarnece el abrigo, ó de seda igual al vestido, con lazos, encajes, pájaros, etc. Algunas veces se le hace para igualar al sombrero. Acabo de ver uno de estos manguitos en casa de una de nuestras primeras modistas, que lo ha bautizado con el nombre de «manguito *Minette.*» Es de terciopelo negro, forrado de felpa á surcos, de un rojo sombreado y adornado con una abundante guarnicion de encaje, por donde asoma una cabecita de gato, con un collar de terciopelo: capricho original, destinado, segun parece, á una sorpresa de Pascuas.

El sombrero que acompaña al manguito que acabo de describir es de terciopelo ajaretado ó fruncido, con *marabut* de seda, de donde sale la afilada cabeza de un gatito, con su collar de terciopelo, abrochado con una hebilla de diamantes imitados.

Los pájaros continúan siendo el adorno más en boga para los sombreros. Debo, no obstante, aconsejar á mis lectoras que no elijan el sombrero grande de fieltro negro, adicionado de una enorme paloma blanca, con las alas abiertas, como si quisiera evadirse de tan incómodo palomar: este sombrero es de mal gusto.

Deben preferir la preciosa capota de terciopelo color de ceniza, con ala de encaje plegado, y ornada por una simple cabeza de gura, que es uno de los pájaros más bonitos que existen, con su aureola de plumas formando cresta, y sus ojos de rubí.

A veces se añaden á estos sombreros de terciopelo oscuro un pompon y bridas de terciopelo blanco ó de color de rosa.

Otro sombrero de dama elegante, aunque un poco excéntrico: capota de piel de guante de Suecia, con ala de legítima piel de nútria, y peineta de concha rubia, colocada en un pliegue del fondo de la capota.

He tratado á menudo de los abrigos de *soirées*, llamados salidas de baile ó de teatro, y si vuelvo á ocuparme de otra prenda, es para hacer notar que su lujo y riqueza toman cada dia mayores proporciones, y que nuestras damas no se contentan ya con un abrigo de cachemir claro forrado de seda, ó con un rico manton de cachemir trasformado, lo que era ya un lujo suficiente. No; la moda actual exige brocados afelpados, felpa y terciopelos labrados de colores confundidos, que se destacan sobre fondo color de crema, cobre, rosa de la India ó ámbar antiguo; nos impone telas chinas de bordados insensatos y deslumbradores, ó groses plaqueados de cuentas de mil colores, y todo ello adornado con flecos abundantes de felpilla y cuentas, ó encajes de oro, ó azabache claro tallado.

Los forros son tan preciosos, atraen de tal modo las miradas con sus listas color de oro antiguo, color de paja ó de cereza, que en tiempos de mayor sencillez se habria tomado el forro por la tela de encima. Todo esto es hermoso, magnífico, seductor; pero si mis lectoras quieren creerme, resistan cuanto puedan á esta corriente, que las arrastraria demasiado léjos.

V. de Castelfido.

¡HOY SE SORTEA!

No es fácil averiguar el pensamiento de un hombre, pero sí lo es determinar el de algunos millones de individuos.

La lógica sale al encuentro de este aparente absurdo, pero retrocede corrida de vergüenza ante el unánime testimonio de cuantos juegan en la lotería de Navidad.

No bien la mañana del 23 de Diciembre desvanece con su primer rayo de luz la oscuridad de nuestra alcoba y espanta esas sombras fantásticas que envuelven nuestro cerebro miéntras dormimos, hé aquí el primer pensamiento que se posa en la mente de todo ciudadano:

¡Hoy se sortea!

Pensamiento que estalla como una bomba, levantando inmensa y brillantísima polvareda de esperanzas, ilusiones y proyectos.

Seamos francos: no hay quien juegue á la Lotería seguro de no obtener premio alguno en el sorteo. Más claro: todos creemos, al jugar, que hemos de ser favorecidos. Si no lo creyéramos, de seguro no jugaríamos.

Porque nadie es tan pródigo y desinteresado que regale á la Hacienda el importe de un billete, ni de un décimo, aquí donde cuesta un dolor verdadero adquirir la cédula que nos acredita oficialmente de personas.

Saben los padres de familia que el 80 por ciento de los niños que nacen mueren en sus primeros años; mas ninguno cree que pueda tocar al suyo una de esas tristes y numerosas probabilidades, aunque es cuatro veces más probable que sí le toque.

Antes de la batalla de Waterloo contaba Napoleon con el triunfo por noventa y nueve probabilidades contra una. Esta única probabilidad bastó al adversario para reirse de las otras noventa y nueve y derrotar al coloso del siglo.

¿Por qué, pues, no hemos de creer cosa segura que serémos favorecidos por el premio grande, aunque sea cuarenta y nueve mil novecientas noventa y nueve veces más seguro que no lo seamos?

¡Oh, la Lotería! ¡Qué institucion tan magnífica, tan paternal, tan filantrópica!

¡Loor á los gobiernos que la sostienen!

¡Imbéciles los que no quisisteis jugar, y desgraciados los que no pudisteis!

Recapacitemos.

La Lotería seduce el ánimo con bellas y tentadoras esperanzas, é induce á veces á adquirir ilícitamente el dinero que ha de ponerse al número de un billete, como pudiera ponerse á una carta en una *timba*.

La Lotería despierta la ambicion de algunos y fomenta la vagancia de otros.

La Lotería distrae del erario doméstico cantidades aplicables á atenciones más precisas que el azar.

La Lotería es una seccion oficial y pública del dinero particular y privado.

La Lotería es inmoral.....

Todas estas consideraciones son graves y de peso; pero quedan bien pronto eclipsadas por esta otra consideracion: DIEZ MILLONES.

Se nos dice que en un mísero desvan perece de hambre y de frio una familia desventurada; y si no media verdadero compromiso que nos exponga á *quedar mal*, dedicamos una sentimental elegía á aquellos seres desvalidos; improvisamos un patético discurso sobre las clases desheredadas, la desigualdad de fortunas, la poco equitativa distribucion de las riquezas, y á otro asunto.

Pero nos invitan á formar parte de una sociedad para adquirir uno ó más billetes de la Lotería, y al punto aprontamos nuestro óbolo, aunque hayamos de suprimir un plato en la comida durante una semana, ó aunque renunciemos al café y al tabaco durante un mes.

Es muy tentadora la esperanza de una fortuna repentina. Es muy poderosa la fascinacion de esas dos palabras: DIEZ MILLONES, escritas provocativamente en los carteles de todas las administraciones de Loterías.

Y despues de todo, ¿qué buscamos en la Lotería? Un interes fabuloso al capital, grande ó pequeño, que aventuramos.

Serémos, pues, cuanto ambiciosos y usureros quieran decir los moralistas, que tambien juegan; pero siempre resulta que es la Lotería la más sábia de las contribuciones, porque sólo la pagan la ambicion, la avaricia, la usura.

Por lo tanto, tiene tambien la Lotería su lado de moralidad.

¡Hoy se sortea!..... No lograrémos acaso el primer premio íntegro; pero sí obtendrémos, sin duda, diez, veinte, cincuenta, cien mil duros, un verdadero capital.

Jamas nos habia sido la suerte tan propicia; jugando venimos, año tras año, inútilmente; pero ¡bah! la fortuna ha de ser con nosotros algun dia, y ese dia es hoy tal vez. ¿Por qué *tal vez?* Lo es con seguridad.

Sí, el corazon nos lo anuncia, y segun dicen, el corazon no es traidor; tres noches seguidas lo hemos soñado; ayer se nos presentó una pulga en la mano derecha; al salir ésta mañana á la calle, nos hemos echado á la vista un jorobado; nuestro número tiene muchos guarismos impares, y es múltiplo de 3; todos éstos son augurios infalibles.....

A mayor abundamiento, nos vaticinó, tiempo hace, una gitana que la fortuna llegaria de improviso á nuestra puerta..... Es muy necio creer en brujerías; ¡pero es tan dulce creer en el premio grande!

No cabe duda, ha llegado el momento feliz. La Lotería nos cae, no hay remedio.

¡Hoy se sortea!..... Es decir, mañana serémos dueños de una fortuna. Nos afincarémos al punto; renovarémos el ajuar de nuestra casa; darémos espléndidas limosnas á los pobres; obsequiarémos con pródigos aguinaldos á nuestros deudos, y pagarémos nuestras deudas, si, como es natural, las tenemos.

¡Hoy se sortea!..... Es decir, hoy cambia de aspecto nuestra existencia. El oro será la llave maravillosa que abra todas aquellas puertas, todas aquellas arcas y todos aquellos oidos que ántes se cerraban ante nosotros, y el iman que nos atraiga admiradores y servidores en número infinito. La adulacion nos tomará por su cuenta, y nos verémos rodeados de amigos siempre afectuosos, siempre sonrientes. Brillarémos, gozarémos, vivirémos.....

Y todo este cúmulo de bienes le hemos adquirido por míseros 200 reales; todo lo más por 100 duros. Lo que se gasta en cualquier noche de orgía; lo que cuesta rendir la virtud de algunas mujeres; lo que importa el placer de un solo momento.....

¡Ah! La Lotería abrirá el camino de nuestros dorados afanes; ella nos pone en un segundo delante de la fortuna, á la que tardaríamos largos años en llegar, si es que llegábamos, por la espinosa y prosaica senda del trabajo y del ahorro.

La Lotería es un mágico crisol donde mete la mano la pobreza y queda convertida en abundancia.

La Lotería es la piedra filosofal del siglo XIX.

¡Oh, cuán hermoso es pensar todo esto!

. . . . . .

Algunas horas despues de pensado, leerémos la *Lista grande*, y verémos acaso todas nuestras ilusiones defraudadas.

Se desvanecerán entónces como el humo todos nuestros dorados ensueños. Pero ¿quién nos arrebata ya el placer de haberlos acariciado?

Volverémos á jugar, y volverémos á concebirlos.

Porque, bien mirado, comprar un billete de la Lotería no es más que alquilar un cúmulo de esperanzas hasta el dia del sorteo.

EDUARDO PASCUAL Y CUELLAR.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1.700 D.

(Corresponde á las Sras. Suscritoras á la 1.ª y 2.ª edicion.)

Traje de raso negro. El corpiño, alto, con rizado en el escote, va guarnecido por delante, en forma de peto, con una aplicacion de pasamanería bordada de azabache. La aldeta, que termina en punta por delante, forma por detras dos faldoncitos de frac. La sobrefalda, plegada bajo la aldeta, va dispuesta por delante en forma de delantal y cae por detras formando pliegues gruesos. La falda, plana y dentada en su borde inferior, va guarnecida en los costados de dos especies de faldones cuadrados, y termina en un volante tableado.

Traje de soirée. Vestido de terciopelo otomano encarnado y faya color madera. El corpiño, de terciopelo, va abierto por delante sobre un peto de faya plegada, que va atravesado por medio de trenzas de seda, con encaje blanco á los lados. La manga, que llega hasta el codo, va fruncida ligeramente en el hombro. Dos *paniers* del mismo terciopelo, y ribeteados de encaje, se cruzan bajo la aldeta del corpiño. Por debajo de los *paniers*, un delantal de faya, ribeteado de encaje y recogido en lazos largos de raso encarnado. La falda de faya forma puntas de almena, que van bordadas de guirnaldas de rosas con sedas de colores, y caen sobre un tableado ancho de terciopelo encarnado. Por debajo de este volante va una guarnicion recortada y bordada, y un tableadito de faya color madera termina la falda.

LA SANGRE Y EL HIERRO.

Existe una dolencia que por sí sola causa más víctimas que la guerra, el tífus, la peste, las fiebres, etc. Es la anemia ¡ay! que se propaga cada vez más. Sus causas, debemos reconocerlo, son inherentes á la manera de vivir de las cuatro quintas partes de la gente: mala alimentacion; alojamientos exiguos, sombríos, húmedos; grandes pesadumbres, vigilias, excesos de todo género; trabajos intelectuales ó físicos exagerados; tales son las principales causas; el efecto es el empobrecimiento de la sangre. A medida que la sangre pierde los glóbulos que constituian su fuerza y su riqueza, se hace más acuosa y, por consiguiente, impropia para la existencia. Las consecuencias forzosas son el linfatismo, la clorósis, la tísis y la escrófula.

¿Cómo contrarestar el progreso de esta enfermedad terrible? El doctor J. Rengade, el médico consejero práctico del *Petit Journal*, ha indicado en su conversacion sobre la anemia, publicada por el *Petit Journal* en 2 de Octubre de 1876, que «el **Hierro** es el medicamento por excelencia contra los primeros síntomas de la anemia.» Pero no todos los ferruginosos son igualmente buenos y asimilables: unos enfrian, otros irritan el estómago, manchan los dientes, etc. El **Hierro Bravais** (hierro en estado líquido) no tiene ninguno de estos inconvenientes. Se disuelve en el agua y no comunica al vino olor ni sabor. Su uso contínuo, restableciendo el equilibrio de las funciones, ayuda á la Naturaleza á prolongar la vida más allá de los límites ordinarios. Como de todos los productos de valor incontestable, se ha apoderado de éste la falsificacion. Prevenimos, pues, al público que no podemos garantir la buena preparacion ni, por consiguiente, la eficacia de los frascos que no lleven nuestra marca de fábrica y la firma **R. Bravais** impresa con tinta roja sobre la etiqueta.

ARTÍCULOS DE PARÍS RECOMENDADOS.

Cedemos al deseo de nuestras abonadas, reuniendo en una respuesta colectiva los diversos informes que nos piden. Algunas se quejan de botones y de manchas que les echan á perder el cútis, y cuyo orígen atribuyen á las brisas del mar; las otras, de películas en el rostro, que no saben cómo hacer desaparecer. Para triunfar de todos esos pequeños inconvenientes, deberán servirse, contra los botones y las eflorescencias, de la locion creada por M. Guerlain, 15, *rue de la Paix*, *Paris*, que es una excelente agua lechosa, en la cual se empapa un lienzo fino, pasándolo por el rostro al levantarse y al acostarse. Para el paño del cútis empléese la crema de fresas, delicioso *cold-cream*, que se conserva indefinidamente sin alterarse; para las manchas encarnadas á flor de piel, la crema fria de cohombros, usada tambien como *cold-cream*. Despues de haberla extendido, se seca la cara, al cabo de algunos minutos, con un lienzo fino, y se aplica un poco de Cypris, polvo de arroz refrigerante, sin mezcla que pueda alterar la epidérmis, y tan ligero, tan fino, que se adhiere al cútis, cubriéndolo de un velo encantador.

GOTAS CONCENTRADAS para el pañuelo.— E. COUDRAY, perfumista, 13, rue de Enghien. Todos estos perfumes, de cualquier clase que sean, como se hallan concentrados en un volúmen reducido, exhalan aromas exquisitos, suaves, duraderos y de buen gusto.—Medalla de oro y cruz de la Legion de Honor en la Exposicion Universal de París. (Véase el anuncio en la cubierta.)

PARIS. Corsets pour les modes actuelles.— Mmes de Vertus sœurs, 12, rue Auber.—Cette célèbre maison est patronnée par l'élite des dames de l'Europe.

MADAME LACHAPELLE, profesora en obstetricia, recibe todos los dias, de tres á cinco, en la calle de Mont-Thabor, 27, á las señoras enfermas, estériles ó encinta, que deseen consultarla.

PILIVORE! Destruye el vello de los brazos, haciéndoles lisos y blancos como el mármol. Eficacia y seguridad completas. PERFUMERÍA DUSSER, 1, rue Jean-Jacques Rousseau, París.

Los dolores de estómago, las digestiones difíciles, la anemia, se curan en algunos dias con el ELIXIR GREZ con quina, coca y pepsina. (Medalla de los hospitales.) París, 34, rue de Bruyère y en todas las farmacias.

ADVERTENCIA.

La circunstancia de hallarnos en la época en que la mayoría de las Sras. Suscritoras á LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA y á LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA renuevan sus abonos para 1883, nos aconseja recordar á las favorecedoras de estos periódicos, con el objeto de evitarles contrariedades: 1.º, *que no respondemos más que de aquellas suscriciones que se hayan formalizado y satisfecho en las Oficinas de esta Administracion;* 2.º, que el público debe acoger con la mayor reserva á todas aquellas personas que, siéndole desconocidas, y explotando en su favor el crédito de las empresas periodísticas, abusan lastimosamente de su credulidad, y 3.º, que contándose por centenares los libreros, impresores y establecimientos mercantiles que en todas las capitales y poblaciones importantes del Reino admiten suscriciones á nuestros periódicos, correspondiendo con la mayor honradez á la confianza que en ellos se deposita, no nos es posible estampar aquí una lista tan numerosa; tarea, por otra parte, innecesaria, porque, conocidos como lo son en sus respectivas localidades, por el crédito que su comportamiento les haya granjeado, nada es tan fácil á las personas que deseen suscribirse por un intermediario, como asesorarse de la responsabilidad y garantía que puede ofrecerles aquel á quien entregan su dinero.

Advertimos al propio tiempo á las Señoras Abonadas de Granada y de Jerez de los Caballeros (Badajoz), que esta Administracion no reconocerá como válidas las suscriciones que se hagan por conducto de D. José Robles y D. Francisco Giles, domiciliados en dichos puntos, respectivamente.

EL ADMINISTRADOR.

Impreso sobre máquinas de la casa P. ALAUZET, de París, con tintas de la fábrica Lorilleux y C.ª (16, rue Suger, París).

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.

MADRID. — Establecimiento Tipográfico de los Sucesores de Rivadeneyra, impresores de la Real Casa.
Paseo de San Vicente, 20.

Nº368

Nº 1700 P

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Administracion Carretas 12 prāl

MADRID

Perfumeria de lujo. Guerlain. 15, rue de Paix. Paris.

Faja Regente Bte y Corsé Ana de Austria de Mmes de Vertus 12 r. Auber. Paris.

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

CONTIENE LOS ULTIMOS FIGURINES ILUMINADOS DE LAS MODAS DE PARÍS, PATRONES DE TAMAÑO NATURAL, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, CROCHET, TAPICERÍAS DE COLORES, NOVELAS.—CRÓNICAS.—BELLAS ARTES.—MÚSICA, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DIAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES.

AÑO XLI. MADRID, 30 DE DICIEMBRE DE 1882. NÚM. 48.

SUMARIO.

1 y 2. Traje de *soirée* y banquete.—3. Bordado de trencilla.—4. Encaje de guipur artística.—5. Encaje breton.—6. Cenefa de bordado Richelieu.—7. Babero.—8. *Douillette* para niños pequeños.—9. Capa para niños pequeños.—10. Pelliza para niños pequeños.—11 y 12. Botinas para niños pequeños.—13. Tira de aplicacion de tul sobre tul.—14 á 20. Trajes para niñas de 6 á 14 años.—21 y 22. Traje negro.—23. Visita Valentina.—24. Confeccion de paño gris hierro.—25. Paletó ajustado de paño gris plata.—26. Traje de terciopelo granate y raso crema.—27 á 31. Trajes y confecciones para niñas y niños.—32 á 38. Sombreros para señoras y señoritas.

Explicacion de los grabados.—Dos Romanos, Fantasía de Navidad, por D. V. Suarez Capalleja.—Angeles y brujas (conclusion), por D. J. Ortega Munilla.—Melodía: A R....., poesía, por D. C. R. de Rivas.—Correspondencia parisiense, por X. X.—Explicacion del figurin iluminado.—A las señoras Suscritoras.—Pequeña gaceta parisiense.—Sueltos.—Soluciones.

1 y 2.—Traje de *soirée* y de banquete. Delantero y espalda.

Traje de soirée y banquete.—Núms. 1 y 2.

Este traje es de raso color de cielo y bordados de colores vivos sobre crespon.

Espalda. Falda de cola recogida formando tres puntas que caen sobre unos plegados de raso. Por arriba, guarniciones de encaje blanco, dispuesto en forma de conchas. Corpiño escotado en cuadro y rodeado de encaje.

Delantero. Delantal de volantes de encaje y bordado. Por abajo, punta de raso, recogida sobre cinco volantes. *Paniers* y lados de crespon bordado. Corpiño de raso, terminado en punta, y escotado en cuadro, con chaleco fruncido y rodeado de encaje. Mangas, hasta el codo, con lazo de raso y encaje.

Bordado de trencilla.—Núm. 3.

Este bordado, hecho con trencilla negra ó de color, sirve para confecciones, vestidos, chaqués, etc.

Encaje de guipur artística.—Núm. 4.

Para ejecutar este encaje se necesita una tira de red de 7 mallas de ancho, sobre la cual se hará el bordado con hilo, que deberá ser del mismo grueso que el empleado para la red. Se puede añadir una puntilla tejida en el borde de las ondas del encaje.

Encaje breton.—Núm. 5.

Se le borda sobre tul de Malinas. Para los bordados, que se hacen al punto de zurcido, se emplea hilo flojo, fabricado expresamente para esta labor.

Cenefa de bordado Richelieu.—Núm. 6.

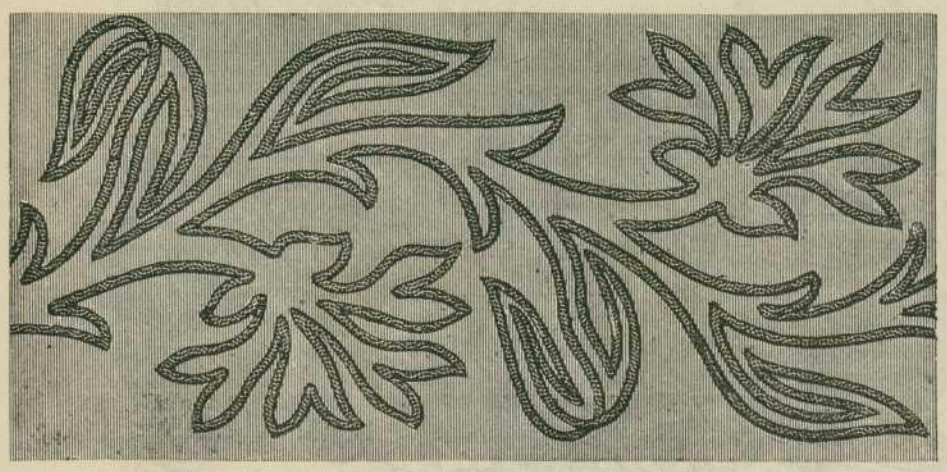
Esta cenefa, estrecha, es á propósito para fundas de almohada, manteles, servilletas de té, y otros objetos análogos.

Babero.—Núm. 7.

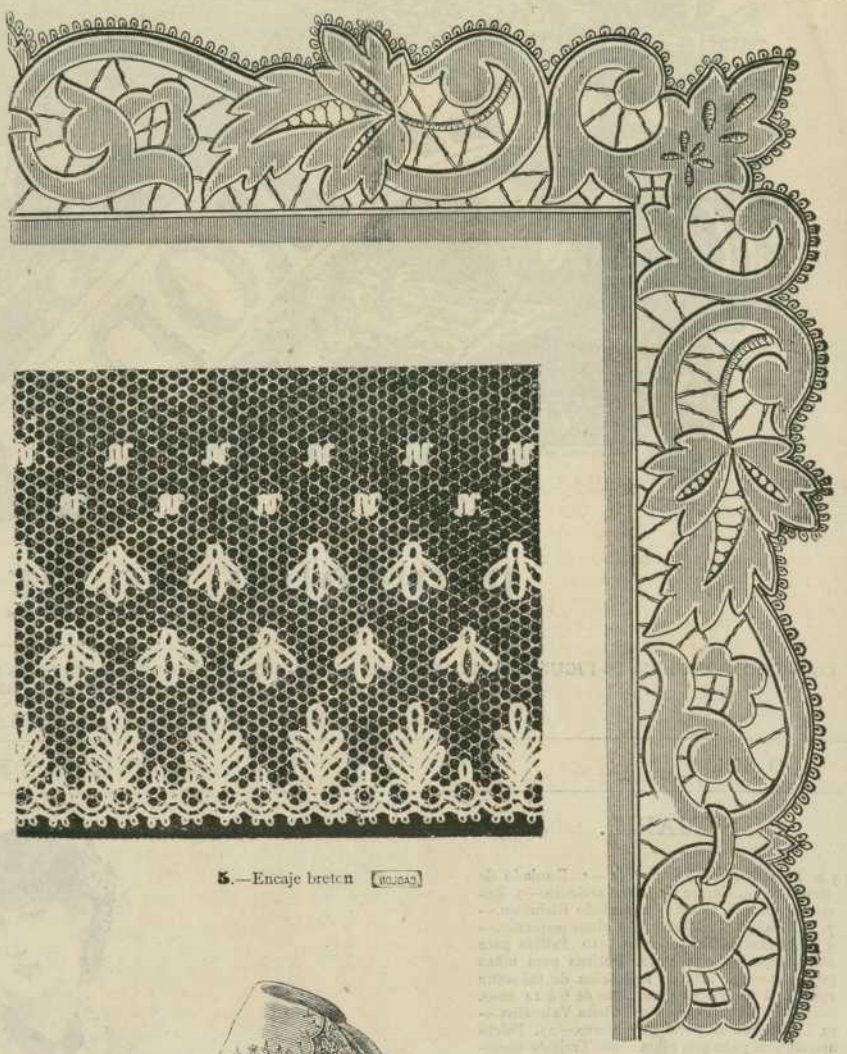
Este babero va guarnecido de bordados.

Douillette para niños pequeños.—Núm. 8.

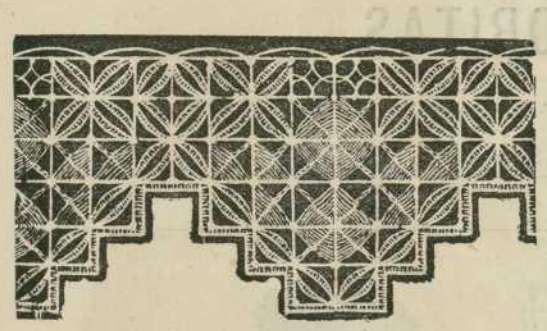
Se hace esta *douillette* de seda ó lana blanca, y va bordada y guarnecida de flecos. En uno de nuestros próximos números darémos el patron de una *douillette*, prenda tan útil para los niños de la primera edad.



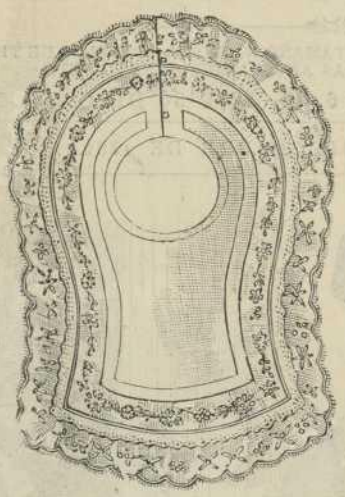
3.—Bordado de trencilla.



6.—Cenefa de bordado Richelieu.



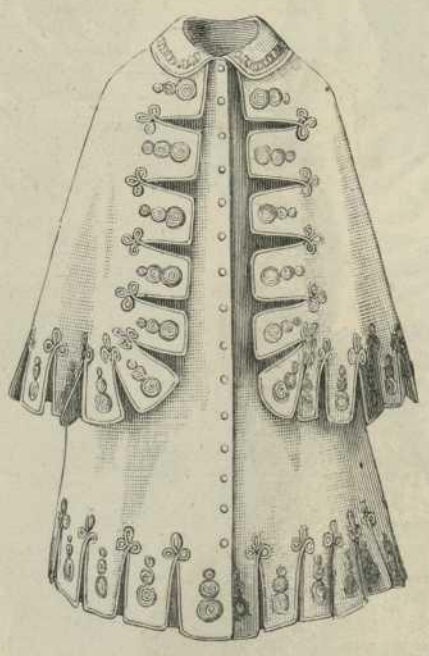
4.—Encaje de guipur artística.



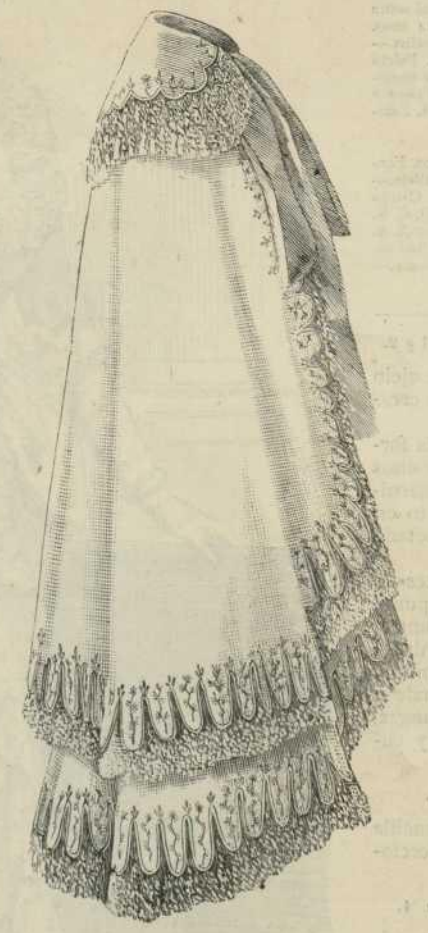
7.—Babero.

5.—Encaje bretón

8.—*Douillette* para niños pequeños.



10.—Pelliza para niños pequeños.



9. Capa para niños pequeños.

11.—Botina para niños pequeños.

12.—Botina para niños pequeños.

Capa para niños pequeños.—Núm. 9.

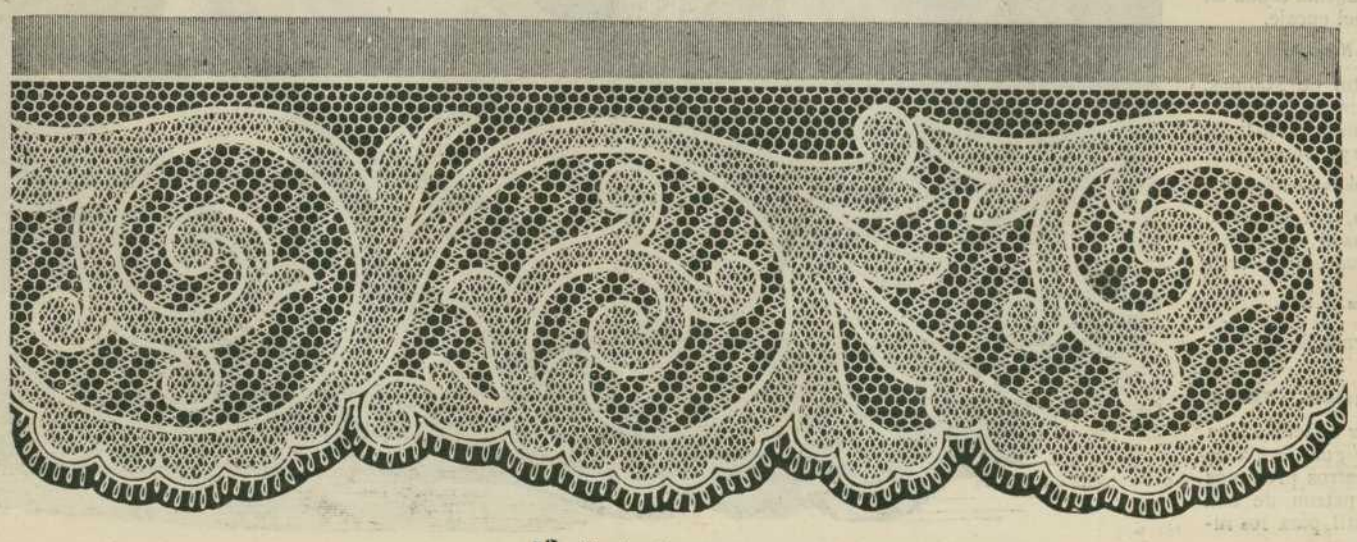
Esta capita, que sirve para salir, como la *douillette*, es de gro blanco, y va guarnecida de bordados y flecos, y cerrada con un lazo largo de cintas.

Pelliza para niños pequeños.—Núm. 10.

De cachemir blanco, con esclavina, borde recortado y adornos de trencilla.

Botinas para niños pequeños. Núms. 11 y 12.

El modelo dibujo 11 es de cabritilla blanca. El dibujo 12 se ejecuta de tela de lana blanca, guarnecida de pieles.



13.—Tira de aplicacion de tul sobre tul.

Tira de aplicacion de tul sobre tul. Núm. 13.

Las aplicaciones de tul van rodeadas de un torzal. Las líneas oblicuas van bordadas al punto de zurcido sobre el tul mismo con un hilo especial. Los bordes exteriores van adornados con una puntilla mecánica.

Trajes para niñas de 6 á 14 años. Núms. 14 á 20.

Núms. 14 y 15. *Vestido para niñas de 7 años.* Es de cachemir de escocia, color *beige*, y va guarnecido

14.—Vestido para niñas de 7 años. Delantero.

16.—Traje para señoritas de 14 años.

17.—Traje de paseo para niñas de 7 años.

15.—Vestido para niñas de 7 años. Espalda.

18.—Traje para niñas de 9 años. Espalda.

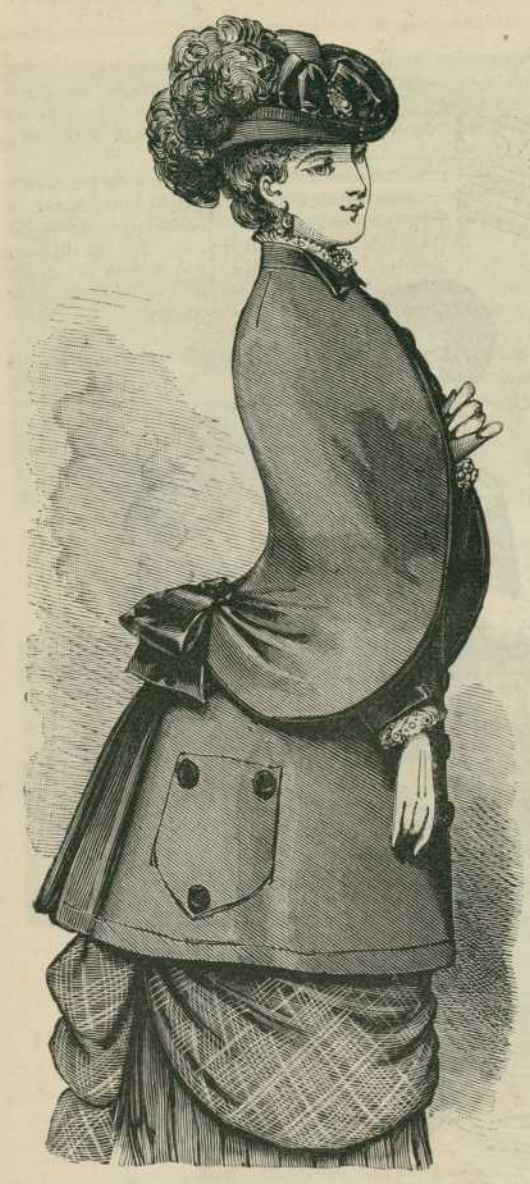
19.—Traje para niñas de 9 años. Delantero.

20.—Traje para niñas de 6 años.

21.—Traje negro. Delantero.

23.—Visita Valentina.

22.—Traje negro Espalda.



24.—Confeccion de paño gris hierro.

26.—Traje de terciopelo granate y raso crema.

25.—Paletó ajustado de paño gris plata.

27.—Confeccion de paño gris para niñas de 10 años.

28.—Confeccion de paño color de nútria para señoritas de 15 años.

29.—Traje para niños de 4 años.

30.—Traje para niños de 3 años.

31.—Traje para niñas de 8 años.

de guipur blanca. Bajo de falda con dos volantes plegados y pespunteados. Vestido semiajustado, ajaretado por delante y semiajustado por detras, con pliegues y fruncidos. Volante y cuello de guipur. Sombrero de felpa marron con lazos de raso *beige*.

Núm. 16. *Traje para señoritas de 14 años.* Vestido de lana lisa y lana de cuadros escoceses. Falda con dos volantes plegados á cuadros. Polonesa lisa, guarnecida de encaje blanco, fruncida en el talle y recogida por detras. Sombrero de fieltro bronce, ribeteado y guarnecido de cintas azules.

Núm. 17. *Traje de paseo para niñas de 7 años.* Es de cachemir fieltro color de piel natural, con adornos de trencilla nútria. Vestido enteramente liso, con delantero plano todo bordado de trencilla. La parte inferior va bordada por detras todo al rededor. Sombrero de fieltro color de nútria con pluma *beige*.

Núms. 18 y 19. *Traje para niñas de 9 años.* Vestido de terciopelo cardenal, guarnecido de guipur *ficelle*. Falda pequeña y plegada. Corpiño frac, cruzado por delante y ceñido por detras en pliegues. Adornos de guipur en el contorno, en el cuello, en los bolsillos y en las mangas. Sombrero de felpa cardenal, adornado de pompones color de oro antiguo.

Núm. 20. *Traje para niñas de 6 años.* Vestido ceñido, con pliegues en la parte inferior. Cuello, cinturon y cartera de castor natural. Sombrero de fieltro *beige* con penacho.

Traje negro.
Núms. 21 y 22.

Vestido de seda y encaje. Falda plegada, ribeteada de encaje y apoyada sobre dos tableaditos. Corpiño polonesa, guarnecido de encaje y recogido en las caderas por detras. Mangas con dos volantes y carteras de encaje.

Visita Valentina.—Núm. 23.

Magnífico abrigo de terciopelo brochado, guarnecido de tiras anchas de piel y pasamanería.

Confeccion de paño gris hierro.—Núm. 24.

La falda corta va plegada por detras, con bolsillo á cada lado. Una esclavina redonda cubre los hombros y forma la manga; se le frunce por detras bajo un lazo de terciopelo. Cuello en pié, doblado por delante.

Paletó ajustado de paño gris plata. Núm. 25.

Va adornado de galon negro ó azul, con cuello grande vuelto de terciopelo del mismo color del galon. La aldeta va abierta por delante, por debajo de la cintura. La manga, ancha, va adornada asimismo de galon.

Traje de terciopelo granate y raso crema. Núm. 26.

La polonesa, de forma de levita, es alta, con cuellecito recto. El escote va rodeado de una aplicacion de encaje, que baja en punta á lo largo de la línea de los botones. En las caderas, la costura indica el punto de union de los faldones añadidos al corpiño. La túnica va recogida bajo

los faldones, y por detras bajo un *pouf* de encaje y cintas. El delantero de la falda va guarnecido enteramente de volantes de encaje. La semi-cola es de terciopelo liso y forma pliegues huecos. Su forma es redonda.

Trajes y confecciones para niñas y niños.—Núms. 27 á 31.

Núm. 27. *Confeccion de paño gris para niñas de* 10 *años.* La hoja de debajo de la manga va doblada y sube hasta el escote. Esclavina de terciopelo. Falda redonda, con tres pliegues por detras. Adornos de trencilla en la manga. Por detras y en el escote, agujetas de seda.

Núm. 28. *Confeccion de paño color de nútria para señoritas de* 15 *años.* Este modelo, abrochado por delante, cae enteramente recto. Lleva una esclavina larga, adornada con vueltas de felpa. Cuello vuelto de la misma falda. Broche de pasamanería en el escote.

Núm. 29. *Traje para niños de* 4 *años.* Es de cachemir verde. El vestido, con esclavina redonda, va recortado en forma de almenas, y se abre sobre un peto de *surah* azul celeste, adornado de trencilla. Falda tableada.

Núm. 30. *Traje para niños de* 3 *años.* Vestido de cachemir azul marino. El cuerpo del vestido, con cuello vuelto, va ribeteado de entrepaños cuadrados por encima de la falda, que es de lanilla escocesa plegada.

Núm. 31. *Traje para niñas de* 8 *años.* La blusa, abierta sobre el pecho, lleva una solapa grande en punta, que rodea el escote. Cinturon de terciopelo por debajo de las caderas. Falda plegada.

Sombreros para señoras y señoritas.—Núms. 32 á 38.

Núm. 32. *Sombrero Fanchon.* De terciopelo color caoba, adornado con una guirnalda de terciopelo de varios matices. Bridas de terciopelo otomano color caoba.

Núm. 33. *Sombrero para señoritas.* Es de forma llamada duquesa, de fieltro azul oscuro, con banda azul plegada y pájaro de colores.

Núm. 34. *Sombrero de calle.* Es de terciopelo extendido, color bronce. Penacho de plumas color de albaricoque y de varios matices. Bridas de terciopelo otomano color bronce.

Núm. 35. *Capota para señora jóven.* El fondo es de terciopelo tirante color mirto, adornado con un galon de felpilla laminada de oro y de un penacho lluvia de oro. Bridas de raso otomano color mirto.

Núm. 36. *Sombrero para señora mayor.* Es de terciopelo color de pensamiento, bullonado y adornado de encaje color de malva, bordado de cuentas y puesto á la María Estuardo. Penacho color de malva en un lado. Bridas de raso.

Núm. 37. *Sombrero para señoritas.* Es de fieltro liso color de nútria, guarnecido de terciopelo del mismo color. Unas alas de alondra completan los adornos de este sombrero.

Núm. 38. *Sombrero Fanchon para señora de edad.* Es de terciopelo morado con rostrillo de cuentas de varios colores. Bridas y plumas moradas.

32.—Sombrero Fanchon.
36.—Sombrero para señora mayor.

33.—Sombrero para señoritas.
35.—Capota para señora jóven.
37.—Sombrero para señoritas.

34.—Sombrero de calle.
38.—Sombrero Fanchon para señora de edad.

DOS ROMANOS.

FANTASÍA DE NAVIDAD.

Desengáñese, amigo mio: la filosofía no consiste en soñar en lo porvenir, sino en gozar de lo presente coronados de rosas, como dice mi querido Horacio. ¡Oh, qué gran poeta es Horacio y qué buen camarada! Le conozco y le trato como amigo desde la infancia. *O sæpe mecum!*..... El mundo, querido mio, se va haciendo viejo, muy viejo, y siento mucho que hayas entregado un alma tan hermosa y tan adornada como la tuya á vagas utopias de progreso y de porvenir; condenas tu juventud á la inútil espera de un bien

indefinido. El mundo marcha cada vez peor, créeme; es preciso aceptarlo tal como se nos presenta, y tomar, como buen convidado, la copa en el festin de la vida.

Así hablaba el tribuno Craso á su amigo el centurion Valerio, cabalgando, seguidos de pequeña escolta, por el camino que guiaba á Belen, á las cinco de la tarde del sétimo dia, ántes de las Calendas de Enero del año de Roma 746, cuyo dia corresponde á nuestro 25 de Diciembre.

El tribuno tendria unos cincuenta años, y era de ancho abdómen, de coloradas y carnosas mejillas, pudiendo pasar por un Vitelio. Discípulo de Epicuro, no se cuidaba más que de pasar alegremente la vida, como aconsejaba Horacio, segun hemos visto.

El centurion Valerio frisaba en los treinta años; alto y delgado, nariz aguileña, rostro pálido, ancha y protuberante frente, abrigo de profundas ideas, parecia buscar la solucion de un enigma difícil, contemplando con mirada pensadora las soledades de las cercanías de Jerusalen. Dirigíanse á Belen á hacer el censo de sus pobladores, obedeciendo las órdenes del divino Augusto.

El epicúreo Craso seguia infatigable en su charla, alabando la vida del goce, encomiando á Augusto y á Horacio, y la grandeza de Roma, señora del universo, sin obtener de su compañero de viaje ni siquiera un monosílabo de aprobacion ó de contradiccion.

Cansado ya de tanto silencio, le dijo:

—Me parece, Valerio, que vas degenerando de tus nobles antepasados; los sueños del judaismo.....

—Basta—responde Valerio con noble altivez;—acabemos, ya que así lo quieres, con esta broma pesada: me explicaré del mejor modo que pueda. ¿Qué quieres, Craso? no todos se pueden consolar con copas de Falerno. No soy judío, ni quiero serlo, como tú insinúas sino romano completamente independiente y libre de toda supersticion y vanos escrúpulos. Todo lo he sentido y apurado todo, y sin embargo, me muero de fastidio en medio de los placeres. Las alegrías de este mundo ahondan mis deseos, y dormiria como tú en el goce, si no sé qué de infinito no viniese al punto á inquietar mi sueño y á lanzarme en ánsias ilimitadas. Deseo, espero y llamo: ¿qué ó á quién? No lo sé; llamo lo que debe venir para responder al profundo instinto que abriga mi alma; creo en un bien que ignoro, y si en él no esperára, ni un solo dia quisiera vivir en este mísero mundo.

—¡Por Hércules! Me parece que estás enfermo, amigo mio—repuso Craso con voz paternal.—Pero vamos á ver: ¿qué es eso á que llamas *lo infinito*, y cuyo nombre ni áun se conoce en la lengua de Roma? Ó crees que el hombre para ser feliz necesita buscar un mundo superior á él? El secreto de nuestra felicidad se halla en nosotros mismos y en los bienes que nos rodean, segun dice el buen sentido. ¿Para qué desear tesoros que á nuestra naturaleza no es dable alcanzar? Y aunque tales tesoros existan, renuncio á ellos por no condenarme al suplicio de Tántalo. Pido, pues, humildemente á los dioses que me dejen tranquilo en la tierra, y que no turben mi vida con el ánsia desesperada de sus bienes, pues yo, pobre mortal, tampoco intento turbar los placeres del Olimpo. Cada cual en su casa, y páselo como mejor pueda. ¡Por Júpiter! mi querido Valerio, hace ya mucho tiempo que yo no habia filosofado tan admirablemente.

—¿Y te contentas—le replicó Valerio con ligera sonrisa—con los bienes que encuentras en este mundo? ¡Qué poco ambicioso eres, Craso! Vas á llegar á la vejez, se acercan las enfermedades y la noche de la vida, ¿y qué te va á quedar de todo? El amargoso dejo de escasos goces comprados con el sufrimiento de los demas; dolores estériles, sin consuelo y sin razon; el sentimiento de inmensa decepcion durante la vida, y la nada, la horripilante nada, despues de la muerte! ¿Y para esto has recibido viva y ardiente inteligencia que procuras extinguir, corazon capaz de amar, cuya generosa y sincera bondad he conocido más de una vez? No lo creo, Craso; no puedo creer que tal sea el destino humano: creo en una solucion mejor del problema, en una revelacion que nos mostrará lo que en vano buscan nuestros ojos: creo que la humanidad no continuará girando eternamente en las tinieblas, aunque hasta un Dios tuviese que venir á traerle el tesoro de la verdad.

—¡Bravo, Valerio! Eso sí que es una solucion—dijo riendo el epicureo;—¡ya no se trata, *charissimus*, sino de romper las cadenas de Prometeo, para que pueda volvernos á traer el fuego sagrado!.....

—No te rias tan pronto de los antiguos sueños de los sabios; siempre me ha llamado mucho la atencion la fábula de Prometeo.

—¡Eres tan jóven!—exclamó Craso, tendiendo la mano á Valerio, que la tocó sin reir.—¡Y qué hermoso es—continuó Craso, separando su caballo del de Valerio—ser jóven, cuando el mundo va siendo tan viejo.

—Mi querido tribuno—replicó el jóven—no tenemos dos ideas semejantes; yo, por lo contrario, creo que el mundo es muy nuevo, y que apénas ha salido de las tinieblas de la infancia; le hallo en la víspera del despertamiento moral de su conciencia y de su corazon. ¿Qué maestro le ha enseñado, ó qué mano poderosa le ha guiado por el verdadero camino de sus destinos? La humanidad se parece á un pobre niño entregado desde la aurora de sus dias á malévolo genio, que ha podido extraviarlo, pero no perderlo sin recurso, y que no espera para caminar por la vía de la verdad y del bien más que el socorro de álguien, cuyo sacrificio será sin límites, porque ilimitado será su amor.

—¿Y crees en ese álguien?

—Sí.

—¿Y esperas que venga?

—Sí.

—Estás más enfermo de lo que pensaba, Valerio—dijo gravemente Craso.

Profundo silencio guardaron los dos romanos, entregándose cada cual á su más favorito pensamiento. Salian en aquel momento de los desfiladeros que flanquean la montaña de Sion; atravesando el valle de Cedron, subieron por una colina que dominaba un horizonte majestuoso. Al Norte, dejaban tras sí á Jerusalen, que enrojecia á los últimos reflejos del sol; al Poniente, descubrian las montañas de Judea, y hácia Levante, más allá del mar Muerto, las montañas de Arabia. Valerio, como ensimismado, dejaba vagar su mirada por el abrupto perfil de las cumbres que se destacaban en el crepúsculo de la tarde. Craso llamó á dos esclavos de la escolta para que se adelantasen á preparar en Belen posada para la comitiva. El epicúreo, fatigado del frio de la tarde y de las molestias del viaje, suspiraba por las delicias de Roma, y juraba por todos los dioses del Olimpo que aquel seria el último año que serviria en Oriente.

—¡Qué admirable es el Oriente!—pensaba Valerio sin escuchar á Craso.—Es cuna de toda luz, y ¿qué grandeza ha durado que no haya venido á consagrarse en él? ¿Qué doctrina ha vivido que no haya nacido en esta parte del mundo? Las antiguas tradiciones dicen que son llegados los tiempos en que recobrará nueva fecundidad y dirigirá el mundo. No sé qué instinto me impele á amar estas tradiciones. ¡Cuando contemplo estas montañas de la Judea, antiguo país de prodigios, regiones llenas de Dios, parécemе que tras ellas va á surgir la aurora de un siglo nuevo! Montañas de Palestina, desiertos silenciosos y mudos desde que eternas voces han resonado en ellos, ¡cuánto más me gustan vuestros torrentes y vuestras palmeras que los soberbios monumentos de Roma! ¡Vale más una hora pasada en tus austeras soledades que la gloria tumultuosa del Capitolio!

—Ahora entramos en el campo de Roma—dijo un poco amostazado Craso, viendo que Valerio no contestaba á su sempiterna é insulsa charla.

Y, en efecto, llegaban al campo de Roma, célebre por el fúnebre lamento de Raquel, inconsolable por la muerte de sus hijos. Aquella soledad, cubierta por los velos de la noche, parecia más solemne que de ordinario. Los caballeros llegaron á la tumba de Raquel, que algunos judíos de la escolta iban á besar, si la severa voz de Craso no se lo hubiese impedido, ordenando que nadie durante la noche abandonase las filas, so pena de ser cargado de cadenas. Todos callaron; sólo un anciano judío murmuró:

«¡Hija cruel de Babilonia, dichoso el que se apodere de tus hijos y los aplaste contra una piedra!»

—¡Qué supersticiosos son estos judíos!—dijo Craso;—la semana pasada tuve que restablecer el órden en el templo, que parecia un corral con sus bueyes y ovejas para el sacrificio. ¿No es cierto, mi querido compañero, que es un absurdo querer agradar á los dioses, inmolando y quemando animales sobre sus aras?

—Yo no lo creo así—replicó Valerio;—verdad es que soy escéptico, lo que me hace sufrir mucho; pero mi escepticismo no me impide reconocer por doquiera los rasgos generales de una religion universal, que más bien es la alteracion de una verdad que un simple error. El sacrificio es uno de esos rasgos generales; y ¿cómo creer que una costumbre universal de todos los pueblos y países, no tenga su razon de ser más que en la versátil imaginacion humana? No, no; el hombre culpable ha sentido la necesidad de satisfacer á la justicia del cielo; busca, pues, una víctima en él ó sobre él, pero quisiérala inocente y capaz de reconciliarle con los dioses. Si alguna vez apareciese un nuevo Hércules sobre la tierra para purificarla y salvarla, todo me dice que deberia sufrir y morir por ella.....

—Ea, Valerio—le contestó Craso, esforzándose por reir;—no me hallo á tanta altura. Dejemos esos sueños, para mí incomprensibles, y tratemos del modo con que vamos á desempeñar nuestra mision en Belen. Pero ¿qué quiere decir Belen? ¡Eh, viejo judío!—añadió dirigiéndose á un anciano de la escolta—acércate y dinos lo que quiere decir esa palabra.

Un judío acudió al llamamiento del tribuno y empezó lentamente su explicacion.

—Belen quiere decir «casa de pan», señor.

—¿Y qué más?

—Dicen nuestros rabinos que este nombre es simbólico, y significa que Belen nutrirá un dia á todas las naciones de la tierra.

—¡Bravo!—exclamó Craso:—estos mendigos están empeñados en salvar al mundo. Prosigue.

—Se llama tambien Belen *Ephrata*, es decir, la fecunda, la fructuosa, porque será la más rica y bienhechora del universo y extenderá sus tesoros por todos los ámbitos del mundo. Esta ciudad pertenece á la tribu de Judá, y los ancianos del pueblo la llaman ciudad de David, porque ha nacido en ella el santo profeta.

—¿David no ha sido uno de vuestros reyes?—le contestó Craso.

—Sí, señor; nuestros rabinos dicen que el haber nacido David en Belen significa que el verdadero David, esto es, el verdadero Rey de todo el mundo, á quien se le han prometido en herencia todas las naciones, ha de nacer en Belen.

—Y ¿cuándo ha de venir ese verdadero David, ese Rey universal, ese Salvador del universo? ¿Cuándo nacerá en los palacios de Belen?.....

Y diciendo esto, se inclinó hácia adelante, como intentando descubrir un objeto en la oscuridad.

—Segun el cálculo de las semanas de David—replicó el judío—debe venir muy pronto.....

—¡Muy pronto!—repitió Craso—tanto mejor; mucho me alegraría de..... Valerio—dijo el tribuno interrumpiéndose—¿qué es eso que va andando delante de nosotros?

El jóven centurion parecia salir de un sueño: miró y dijo:

—Un pobre hombre y una mujer, que caminan lentamente. Pronto los alcanzarémos.

—¿Si será ese tu Mesías, que vendrá á tomar posesion de su trono de Belen?—dijo con insolencia el epicúreo tribuno al judío.

Al oirle, el viejo se estremeció como un jóven; detúvose, y lanzando al romano una fiera mirada, le contestó:

—*¡Quizá!*.....

Y de un salto, perdióse como un gamo en la oscuridad y en la maleza.

—*¡Quizá!*—repetia por lo bajo Valerio—y turbacion extraña le hizo latir el corazon y las sienes. Acercábanse á Belen; estrecho y escabroso era el camino, y á los pocos instantes, el caballo de Craso alcanzó á los dos viajeros que ántes habian visto.

—¿Quién eres tú?—gritó el tribuno.

El así interpelado volvió el rostro; en él se dibujaba la mayor dulzura, unida á la más viril energía. Saludó noblemente y respondió en hebreo, lengua que solamente conocia Valerio.

—Te contesta que se llama José—dijo Valerio—y que se dirige á Belen con su esposa, á cumplimentar las órdenes del César.

—Y ella, ¿cómo se llama?—continuó Craso.

El extranjero respondió en hebreo algunas palabras.

—Se llama María—dijo Valerio á Craso—y padece mucho.

El epicúreo tribuno lanzó una palabra cruel, que indignó al jóven Valerio.

—¡Cállate!—le dijo con noble fiereza.

Un movimiento de los caballos separó en aquel momento á los dos extranjeros; José se quedó al lado de Craso, y María al lado de Valerio. El jóven romano se conmovia en lo más profundo de sus entrañas; extraña turbacion se apoderó de su vista, y sintió que sus labios pronunciaban acentos para él desconocidos; inclinóse hácia la que marchaba á su lado, y tembloroso le dijo por lo bajo, en hebreo:

—¡Oh tú, quien quiera que seas, que te llamas *María*, yo no sé qué instinto me impele á preguntarte el secreto de mi destino! ¡Hija de Judá! ¡He leido los escritos de tus profetas, y he luchado entre mi desesperacion y sus promesas; si tienes una sola palabra que pueda iluminar mi alma, en nombre del cielo, habla!

La viajera no desdeñó la súplica del romano; volvióse hácia él, en el momento en que, desgarrándose una nube, el astro de la noche iluminó con sus dulces rayos el rostro de la Vírgen. ¿Quién podrá describir la belleza de aquella vision divina? ¿Qué pluma capaz de trazar sus rasgos? La Vírgen estaba pálida, y en su purísima frente esplendian fulgores seráficos: ningun mortal vió su mirada; pero con dulce y austera voz pronunció estas palabras:

—*¡Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios!*

Despues de oir estas palabras, Valerio nada más oyó, ni vió ni sintió nada.

Cuando salió de su sueño, hallóse solo en una habitacion de la posada, con el codo apoyado sobre una mesa; ante él estaba un rollo de *papyrus*.

Lo desarrolló. Era el *Diario* de su vida: las últimas líneas eran copia de la égloga 4.ª con que Virgilio, el poeta amado de Augusto, habia encantado á Roma, y que un amigo habia remitido al jóven caballero. Horas ántes de salir de Jerusalen, Valerio, conmovido por el espíritu profético de aquellos versos, habia copiado algunos trozos, los siguientes, traducidos despues por nuestro Fr. Luis de Leon:

La postrimera edad de la Cumea
Y la doncella vírgen ya es llegada,
Y torna el reino de Saturno y Rea.
Los siglos tornan de su edad dorada:
De nuevo largos años nos envia
El cielo y nueva gente en tí engendrada.
Tú, Luna casta, llena de alegría,
Favorece, pues reina ya tu Apolo,
Al niño que nació en aqueste dia.
. . . . . .
En este vuestro, en este Consulado,
Polio, de nuestra edad gran hermosura,
Tendrá principio el rico y alto hado.
En él comenzarán con luz más pura
Los bienhadados meses su carrera,
Y el mal fenecerá si alguno dura.
Lo que hay de la maldad nuestra primera
Deshecho, quedarán ya los humanos
Libres de miedo eterno y ánsia fiera.
Mezclado con los dioses soberanos,
De vida gozará (cual ellos) llena
De bienes deleitosos y no vanos.
. . . . . .
Emprende, que ya el tiempo viene andando,
Pimpollo divinal, obra del cielo:
A tí solo lo grande está aguardando.
Mira el redondo mundo, mira el suelo,
Mira la mar tendida, el aire y todo,
Todo esperando el siglo de consuelo.
¡Oh, si el benigno hado de tal modo
Mis años alargase, que pudiera
Tus hechos celebrar y bien del todo!
. . . . . .

Valerio tomó el *papyrus*, y quiso escribir en su *Diario* su salida de Jerusalen, las preguntas de Craso, sus propias respuestas, para él mismo misteriosas; la impresion extraña de las soledades de Palestina, sus sueños, sus deseos, sus esperanzas, más fuertes y más impacientes que nunca; las revelaciones del viejo judío, aquel *quizá* que le habia oido; el encuentro de los dos extranjeros; aquella mujer, más noble que una diosa, más pura que un ángel; el dulce nombre de María, el esplendor sobrenatural de su rostro divino; el timbre de aquella voz, dulce como la de un niño, fuerte como la eternidad; su frase extraña; el éxtasis en que le habia sumergido cierta indefinible alegría que sentia su alma despues de tantos años ¡ay! de escepticismo y de tristeza; el vago sentimiento de un destino cumplido, un inmenso deseo de la muerte..... todos estos recuerdos, todos estos sentimientos se atropellaban en el corazon de Valerio. Estaba como anonadado, inclinado sobre la mesa y oprimiéndose la frente con las manos.

Súbitamente se puso en pié: parecióle que extraordinaria luz disipaba la lobreguez de la noche, y dirigióse apresurado hácia la terraza que dominaba la campiña de las cercanías. Parecióle que todo estaba ardiendo, que el silencio mismo se animaba, y que el eco lejano de inefable melodía le traia la dulce y penetrante frase: *Paz á los hombres de buena voluntad*. El jóven romano tuvo miedo de sí mismo; creyóse atacado de demencia, y huyó; pero despues de haber atravesado el dintel de su habitacion, sintió que su febril agitacion habia sido reemplazada por profunda paz, y que á los deseos y esperanzas que torturaban de

muy antiguo su alma habia sucedido como la certidumbre de poseer un inmenso tesoro. Desde aquel dia, Valerio ya no buscó: ¡amó!

Aquella faz divina no le abandonó ya. Apénas habian corrido dos meses despues de verificado el censo mandado por Augusto, cuando murió Valerio, siendo la última palabra que pronunciaron sus labios: *Maria!*

Los que hallaron el rollo de *papyrus*, en el que confiaba sus impresiones el jóven centurion, se asombraron al ver que terminaba el 25 de Diciembre. En la página correspondiente á este dia, sólo hallaron dos líneas escritas en hebreo: *¡Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios!*

Y por bajo, un nombre: el de aquella viajera que en la hora de su muerte purificó sus labios: ¡María!

V. Suarez Capalleja.

ÁNGELES Y BRUJAS.

(conclusion.)

V.

Los Santos.—Éxtasis.—Paliza.

Era llegado el dia 31 de Octubre, y la Iglesia se preparaba á conmemorar nuestros difuntos. En las desiertas naves del templo de Villahonda, cuyo silencio de sepulcro predisponia el alma á la oracion, sólo se hallaba algun devoto murmurando sus devociones. Todas las capillas permanecian á oscuras; sólo en la nave principal ardia una lampara de aceite, derramando tembloroso fulgor sobre los objetos que la rodeaban, y haciendo aumentar ó disminuir alternativamente sus siluetas de sombra. Habia sonado el reloj las seis de la tarde.

En un rincon de la más apartada capilla oíanse suspiros y sollozos. Allí estaba Leandra, arrodillada, con ambas manos cruzadas y sublime expresion de tristeza en el semblante.

—¡Padre mio—exclamaba—padre mio! Acércate más, acércate á mí; siempre te veo en las sombras, léjos..... muy léjos..... Te llamo y no me escuchas..... Dame la mano, cógeme en tus brazos..... Yo quiero subir contigo á ese sitio á que te vas cuando dejo de mirar tu rostro..... ¿Por qué me hablas sin acercarte? ¿Cómo suena tu voz tan débilmente, que yo apénas la percibo en mis oidos y suena en mi alma como una trompeta?

Despues de balbucear estas palabras, calló de nuevo. Luégo continuó:

—¿Acaso ya no me quieres? ¿Me has olvidado? ¿Ó es que yo he cometido alguna falta contigo? ¿Por qué me abandonaste?..... Mi tio es muy malo..... Me pega..... Allí viene..... ¡Ah! Se acerca á esta capilla..... Adios.

Y alzándose trabajosamente del frio suelo, cogió su cántaro. Aquel cántaro debia estar rebosando en lágrimas. ¡Pobre Leandra!

Salió la muchacha de la iglesia. ¡Cómo estaba la infeliz! Tan delgada, tan pálida, que podia asegurarse que de su antigua belleza sólo la restaban los ojos, en cuyos melancólicos cristales cabrilleaba no sé qué extraña y vaga luz. Su brazo derecho, flaquísimo, enlazaba la esfera del cántaro, que se habia colgado á la cadera, y el izquierdo la colgaba marcando las oscilaciones del inseguro paso, como un péndulo. Caminaba muy aprisa, pero no tanto que pudiera evadirse del tio Basilio, que la habia divisado en la capilla.

—¿Entras en la iglesia á dormir?—la gritó el bárbaro.—Sube á casa, que tu tia se está muriendo.

La niña subió aquellos interminables escalones, ¡Dios sabe con cuanto trabajo! Detrás de ella, el tio Basilio subia maldiciendo. Al entrar en el zaquizamí, Leandra tropezó, escapóse el cántaro de sus brazos y rodó por el suelo, quebrandose en mil pedazos.

—¡Torpe!—gruñó la tia Requiescat desde su cama;—si yo estuviese levantada pagarias caro tu descuido. No te tomas interes por nada de esta casa. Estoy en los últimos instantes, y te maldigo porque tú me has matado..... ¡Ay! siento aquí en el pecho una cosa que me abrasa, un fuego que se enciende y se apaga, una llama que va reduciéndome á cenizas el corazon.

La vieja se lamentaba á gritos, que retumbaban bajo los muros de piedra con eco espantable.

—Esta maldita chica—tronó el borracho, que habia logrado ascender la penosa escalera—esta maldita chica nos va á perder con sus descuidos..... ¡Romper un cántaro nuevo!..... ¡Ah Leandrita, Leandrita! Dos dias hace que no entra por tu boca mas que aire; pero á fe á fe que no probarás el pan miéntras no te corrijas.

En tanto que hablaba así el tio Basilio, habíase tirado sobre un colchoncillo que en medio de la estancia estaba. Leandra lloraba en un rincon. Tan prolongado martirio iba siendo superior á su débil resistencia. Los golpes de muerte que la daban, y el no comer, acababan de agotar sus fuerzas físicas. Una frialdad inexplicable se difundia por su cuerpo. La niña se dejó caer en el suelo, inclinó la cabeza sobre el pecho, entornó los párpados, volvió á abrirlos convulsivamente, y lanzó un suspiro. Un largo espacio de tiempo trascurrió sin que ninguno de aquellos tres seres moviese pié ni mano.

El reloj tocaba las siete. Entónces el tio Basilio se incorporó.

—¡Diablo de noche!—murmuraba, buscando en los rincones del cuarto el jarro de vino.—Ahora á tocar las campanas, á pasar frio..... No, pues ántes he de prevenirme el estómago contra las pulmonías..... Venga un trago..... otro..... otro..... Media azumbre me he colado..... Que vengan los cierzos..... Arriba, campanero, á cumplir tu obligacion.

Salió Basilio del cuarto, y á pocos momentos las campanas preludiaban su cancion monótona y lúgubre. La campana *Maria*, la mayor del campanario, dominaba el sonido de las otras con sus badajazos, que semejaban descargas de cañones.

VI.

El último repique.

Sólo en la fiesta de los Santos se tocaba aquel grandísimo instrumento, bautizado con el nombre de *Maria* y colocado en la abertura oriental del campanario. Cuando los villahondinos la escuchaban, era hora de rezar por los difuntos.

Pesaba cincuenta quintales, girando, no obstante, con notable ligereza, merced á los bodoques de hierro y piedra en que estaba montado su eje. De este eje partia una grande palanca de hierro, á que se agarraba el campanero para mover la mole de bronce.

En medio del campanario, en un asiento de madera, estaba sentado el tio Basilio.

—¡Cosa más rara!—murmuró agarrándose con las manos al banquillo. Juraria que la torre daba vueltas; juraria que está saltando..... Sí, no hay duda..... ¡Anda, pues si las campanas bailan unas con otras! Y ya no suenan..... Ja, ja, ja..... Esto sí que es divertido.

El tio Basilio estaba extremadamente borracho. Despues de dar el primer impulso á las campanas, habiase tirado en el banco, y su embriaguez le impedia oir el ruido de aquellos monstruos de bronce, capaz de ensordecer un timpano de piedra.

—Ahora sí que vais á volar, ahora. La grandona, la grandona va á ser la primera..... La *Maria* va á voltear como una peonza..... ¡Ja, ja, ja!

Levantóse el tio Basilio y se acercó á la campana mayor, haciendo eses y sin cesar de reir. De repente, experimentó una sensacion horrible de miedo. Sintió una cosa fria, dura, que penetró en sus carnes y le alzaba del suelo; un tentáculo férreo que se prendia á su chaqueta y le desgarraba la espalda; una zarpa que le suspendia sobre el abismo. Basilio abrió los brazos, vomitó una blasfemia, se vió fuera de la torre, miró á sus piés..... y como sale la bala del obus, fué lanzado al espacio, describiendo con su cuerpo veloz trayectoría.

Era la «grandona», la campana grande, que le habia alcanzado con su palanca.

VII.

Liberacion.—Alma que flota.—Burbuja de alcohol.

Consta de nuestras investigaciones, que aquella noche anduvo la opinion pública de Villahonda muy preocupada por el inexplicable suceso de que no doblasen las campanas en tan señalada fiesta cristiana sino breves momentos, y que corrieran diversos rumores poco favorables á Basilio; pero cuando á la mañana siguiente tampoco se tocó al alba, ni á misa, ya á las diez, el cura en persona subió á la torre, seguido de monaguillos y demas cohorte sacristanesca, para informarse del extraño silencio de las campanas. El señor cura encontró en la torre el sombrero de Basilio, y al entrar en la habitacion de éste, ofrecióse á sus espantados ojos espectáculo atroz y lastimoso.

En la revuelta cama yacia la tia Requiescat, con el cuerpo hinchado y ennegrecido, la boca abierta mostrando las oscuras y desdentadas encías, y los párpados amoratados; en el suelo, blanca, pálida, Leandrilla, la pobre Leandrilla. Parecia una estatua de mármol. Tenía las manos cruzadas y los exangües labios dulcemente contraidos. El alma de Leandra, al escaparse al cielo, habiase despedido de la que fué su persona visible, con una sonrisa.

VIII.

«Vox populi.»

Villahonda cree á piés juntillas que toda aquella familia pertenecia al diablo, quien en la noche de los Santos sube á la tierra á recoger sus cosas. Si tratáras de convencer á aquella ciudad, á sus mujeres especialmente, de que en la catástrofe sólo intervinieron causas naturales, te objetarán: ¿Y el cuerpo del tio Basilio? ¿Dónde fue á parar? ¿Quién sino el demonio pudo escamotearle?

Para que contestes, benigno lector, á estas observaciones de las villahondinas, te referiré que el año último, al componer el tejadillo de un vetusto edificio, frontero á la iglesia, que sirve de cuartel de Caballería en la actualidad, se halló junto á una chimenea un esqueleto cubierto con un pantalon y una chaqueta iguales á la chaqueta y el pantalon que usaba el tio Basilio, y que, segun opinan personas dignas de crédito, allí fué á parar el campanero cuando le arrebató á los aires la campana.

Y es todo lo que me proponia contaros. No es mucho. Podia ser más y puede ser demasiado.

J. Ortega Munilla.

MELODÍA.

Á R.....

¿Por qué con dudas y enojos,
Haciendo á tu amor agravios,
Entre rubor y sonrojos,
Me dicen que *sí* tus ojos,
Si los desmienten tus labios?

¿Por qué, si estoy junto á tí,
Como ayer me aconteció,
Si te pregunto ¡ay de mí!
Si me quieres, dices *no*,
Y tus ojos dicen *sí*?

¿No miras que esos enojos,
Que hacen á tu amor agravios,
Llenan mi vida de abrojos?.....
¡Quiero que digan tus labios
El *sí* que dicen tus ojos!

J. C. de Rivas.

CORRESPONDENCIA PARISIENSE.

SUMARIO.

Fædora, drama de Victoriano Sardou, estrenado en el teatro del Vaudeville.—Regreso de Sarah Bernhardt.—El artista Félix.—Conflicto internacional.—El papel de la diplomacia.—Apertura de algunos salones.—Madame de Lesseps.—La Marquesa de Bloqueville.—La Condesa de Chambrun.—Competencia entre París y Niza.—Actualidades.

La actualidad, esta deidad despótica de la literatura moderna, se impone hoy más que nunca. Y cuando la actualidad es una obra titulada *Fœdora*, y cuando esta obra es de Victoriano Sardou, y cuando su estreno ha valido á la celebérrima Sarah Bernhardt, vuelta de su triunfante marcha por los principales teatros extranjeros, una de esas ovaciones como se ven pocas en la escena, ¿cómo pasarla en silencio, sin faltar á uno de los primeros deberes del cronista? Y, sin embargo, sería pretencioso de mi parte hacer en este lugar la reseña de una obra que las cien trompetas de la fama, los mil órganos de la opinion han propalado á la hora ésta por todos los ámbitos del mundo, y que el habitante de Madrid, lo mismo que el de Berlin ó Viena, el inglés lo mismo que el americano, conocen ya como nosotros los parisienses. Usted no ignorará que el drama en cuestion, cuya accion pasa en Rusia, en pleno nihilismo, es uno de los más hábilmente *confeccionados*, si no de los mejores, de este incomparable *confeccionador* escénico á quien llaman Sardou, que ha sido escrito expresamente para Sarah Bernhardt, y que la eminente actriz ha revelado en esta ocasion dotes de *trágica* de primer órden.

***

Lo que no debe conocer probablemente es el curioso conflicto internacional suscitado, con motivo de los trajes de *Fœdora*, por el *artista Félix*.

El artista Félix es un hábil y conocido *modisto* de París. Sabido es que la *high life* femenina opta ahora con preferencia por el gusto masculino.

Partiendo del principio de que un hombre es más apto para juzgar lo que puede ser grato á los hombres, y de que á agradar á éstos tienden todos los esfuerzos de nuestra coquetería, no me parece fuera de lógica el consultar al sexo fuerte sobre los atavíos del sexo débil.

Decia, pues, que Félix, que disfruta, como Worth y otros dos ó tres especialistas, de gran fama en el mundo elegante, habia conseguido la clientela de Sarah Bernhardt, y en tal concepto, debia componer los trajes de *Fœdora*. Despues de largo recogimiento, sus inspiradas tijeras habian realizado, segun cuentan, verdaderos prodigios.

Cuando de repente, ¿qué noticia llega á sus oidos?

Que al mismo tiempo se habian encargado otros trajes á una modista de Viena.

¡Viena contra París! ¡La Francia en pugna con el Austria! Félix experimentó un violento acceso de indignacion artística y patriótica á la vez. ¡Cómo! ¡Poníase en duda esa supremacía parisiense, que, en materia de modas, se impone al mundo entero! Era como nueva invasion que amenazaba á la Francia por la frontera del Este.

***

El *modisto* frances se ha retirado á su tienda, y ha encerrado con llave, en un armario patriótico, las maravillas que la musa costurera le habia inspirado.

Con tal que de esto no resulte una nueva cuestion europea.....

Esperamos que la diplomacia apaciaguará los ánimos; aprovechando esta ocasion para probar al mundo su utilidad, tan discutida como discutible.

Un arreglo entre los gabinetes de Viena y de París resolverá el conflicto.

A fin de conciliar todas las susceptibilidades y dar satisfaccion al costurero Félix, patriota benemérito, los embajadores de ambas potencias podrian girar un protocolo, con arreglo al cual, puesto que Sarah Bernhardt se ha vestido en París con trajes austriacos, la principal actriz vienense luciria en la escena los trajes franceses que no han servido aún.

La dificultad es que habria probablemente que ensancharlos un poco.....

Sin embargo, se asegura que Sarah empieza á engordar desde que ha cambiado de estado, y que dentro de poco dejará de ser la doña Sol de la leyenda; es decir, el tipo perfecto de la delgadez.

¡Oh prodigiosa influencia del matrimonio!

***

La Rusia, tan de moda hoy (teatralmente hablando), va á estar más que nunca á la órden del dia con el próximo viaje del general Totleben á París.

Segun parece, el general ruso será el *lion* del invierno, pues áun cuando viene por motivos de salud, le suponen decidido á frecuentar la alta sociedad parisiense, donde es muy conocido y estimado.

Sabida es la extraordinaria fortuna de Totleben en el sitio de Sebastopol, donde de simple teniente ascendió á general en jefe del ejército, organizando una de las defensas más admirables que ha presenciado este siglo.

***

Los salones no están todavía muy animados. Sin embargo, algunos hoteles, tanto del noble *faubourg* como del barrio de la aristocracia financiera, principian á abrir sus puertas, no todos de par en par, pero á una sociedad íntima bastante numerosa.

Mme. de Lesseps ha reanudado sus pintorescas recepciones, donde desfilan las celebridades del mundo parisien-

se y todas las curiosidades del globo, representadas principalmente por orientales de variados colores, y hasta por reyes negros, si alguno se encuentra de paso en París.

***

La marquesa de Blocqueville reune de nuevo su cenáculo en el suntuoso palacio que habita este invierno, muelle Malaquais. Su linda sobrina, la duquesa de Feltre, le ayuda á hacer los honores de la casa. Cultívanse en estas selectas reuniones la música y la literatura simultáneamente, y á veces al mismo tiempo.

Saint-Saën, ó M. Caro, son escuchados con igual admiracion; el uno posee una armonía elocuente, y el otro una elocuencia armoniosa, que seduce siempre al auditorio.

Los trajes de la marquesa de Blocqueville poseen un estilo correcto. Son de una elegancia clásica, si me es lícito emplear esta frase tratándose de modas.

Este salon de *académica*, pues la Marquesa tiene derecho á semejante título por su gusto literario y sus escritos, representa, en medio de las costumbres ruidosas del dia, la antigua sociedad francesa, delicada, de buen tono y de ingenio refinado.

°°°

La Condesa de Chambrun, la riquísima heredera de las manufacturas de Baccarat, compró el año pasado el antiguo palacio de la Princesa de Condé, habiéndolo amueblado y dispuesto con rara magnificencia.

Sus sábados musicales son muy apreciados. Se acude á ellos para oir á Widor, á Diémer, á Saint-Saën, y, por último, á Mme. Fusch, la aristocrática dama cuyo talento causaria envidia á más de una aplaudida cantante.

Desgraciadamente, la Condesa de Chambrun se prepara á salir para Niza, donde pasará el invierno. Es innegable que el país de los naranjos hace una terrible competencia á nuestro París.

°°°

Actualidades.

Un extranjero pregunta á un parisiense:

—¿Puede V. decirme dónde está la calle de Limpiabolsillos?

—Entre el Banco y la Bolsa.

°°°

A propósito del túnel de la Mancha (del Canal):

—Yo—exclamaba un orador de cafés—tengo un medio de conciliar ambas partes: se tapiará el túnel en el centro, y la mitad será inglesa y la otra mitad francesa.

°°°

Una cosa que no es difícil en la estacion presente: mostrar sangre fria.

X. X.

París, 25 de Diciembre de 1882.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1.701.

(Corresponde á las Sras. Suscritoras de la 1.ª edicion de lujo.)

TRAJES DE BAILE.

1. *Vestido de siciliana color de rosa y terciopelo rubí.*—Falda falsa, guarnecida de volantes de encaje y tableados de siciliana. Dos bandas compuestas de bieses dobles de siciliana pasan sobre el delantero del vestido y dejan en el lado izquierdo un espacio vacío, que se cubre con volantes de encaje. Por detras, cola de siciliana guarnecida de encajes y tableados. Un lazo grande de cinta de terciopelo otomano cae sobre la cola. Corpiño de terciopelo rubí, escotado en redondo y formando puntas. Un fleco de cuentas adorna el escote, y un ramo de rosas va puesto en el lado izquierdo.

2. *Vestido de faya floja ó raso maravilloso blanco.* Falda redonda, terminada en un bullon de raso y un volante de encaje. Otros volantes de encaje adornan el delantero de la falda, y una banda de tul y encaje va á anudarse en el lado izquierdo. Faldones de levita formando pliegue doble y redondeándose á cada lado del vestido para esconder su extremidad bajo el *pouf*. Este es muy corto, y se compone de un paño formando dos pliegues encañonados por debajo de la cintura; va recogido muy alto y guarnecido de un volante de encaje. Guirnalda de alelíes dobles en el lado izquierdo. Corpiño en punta enlazado en la espalda. El escote va adornado con un encaje dispuesto en forma de conchas y mezclado de lazos mariposas de cinta de raso blanco. Volantes de encaje en lugar de mangas.

Á LAS SEÑORAS SUSCRITORAS.

El Administrador de LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA ruega encarecidamente á las constantes favorecedoras del periódico que, al pasar la órden para la renovacion de sus abonos por 1883, se sirvan acompañar una de las fajas impresas ó manuscritas con que reciben el número, ó cuando ménos, expresar en sus cartas con toda claridad el punto de su residencia y el número de órden que lleva la faja.

Igualmente les ruega, como un especial favor, tengan la bondad de pasar sus órdenes con la mayor anticipacion que les sea posible, porque la grandísima aglomeracion de trabajos en estas oficinas á fines y principios de año no podria ménos de originar retrasos en el servicio á aquellas Sras. Suscritoras que demoren pasar el oportuno aviso para la renovacion de sus suscriciones.

Recordarémos á nuestras Sras. Suscritoras que, siendo la empresa de LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA propietaria tambien del magnífico periódico de Bellas Artes, Literatura y Actualidades, LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, concede una rebaja de 25 por 100 en el precio de LA MODA ELEGANTE, cualquiera que sea la edicion, á todas las Señoras que al propio tiempo se suscriban á LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

Con el presente número recibirán nuestras Señoras Suscritoras la *Portada* é *Indices* correspondientes al tomo XLI, que finaliza en esta fecha.

La Direccion de LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA no cesará, en el próximo año de 1883, como desde la creacion del periódico viene haciéndolo, de poner en juego todos los elementos de que dispone y cuantos en lo sucesivo pueda conquistar, para demostrar á sus consecuentes favorecedoras en cuánto aprecia su precioso concurso, y cuán verdadero es su deseo de corresponder á la preferencia con que nos honran.

Terminamos estas breves líneas enviando á nuestras Señoras Abonadas de ambos continentes la expresion de nuestros sinceros votos por su prosperidad y la de sus familias en el nuevo año que vamos á inaugurar.

LA DIRECCION.

Madrid, 30 de Diciembre de 1882.

Las Sras. Suscritoras á la primera edicion de lujo de LA MODA ELEGANTE recibirán con el presente número una pieza de música, titulada *La Comandita*, polka para piano, original de D. Alvaro Milpager.

PEQUEÑA GACETA PARISIENSE.

Todos los trajes del dia reclaman corsés tan puros de molde como la escultura antigua, y el corsé ha llegado á ser un arte real; un verdadero estudio.—Dos corsés modelados por la casa de PLUMENT son la expresion de las modas actuales: el corsé *Sultana*, y el corsé *Coraza*. El uno imprime al talle la flexibilidad de la mujer oriental, de la andaluza y de la criolla; el otro le alarga, manteniéndole derecho y altivo como el de una diosa.

Los corsés de salir son el *nec plus ultra* de la elegancia; pero los corsés de tela de hilo tienen el mismo córte artístico, y son muy apreciados por las señoras económicas, porque cuestan ménos caros. El corsé *Sultana*, en dril, vale 35 pesetas; con la faja *Juana de Arco*, que comprime las caderas, su precio es de 40 pesetas. El corsé *Coraza*, con la faja *Juana de Arco*, vale 45 pesetas.

Otra cosa indispensable para vestirse al gusto del dia y para sostener el *pouf* de los trajes es la *tournure*. La casa de PLUMENT combina estos accesorios, segun la clase y el estilo de los vestidos.

Pidiendo á la casa de PLUMENT (33, *rue Vivienne, París*) su *Boletin-guia ilustrado*, se tienen los dibujos de todos los corsés y de todas las *tournures* que han asegurado el éxito europeo de esta importante manufactura, y las diferentes medidas que hay que tomar para encargar un corsé *Sultana* ó un corsé *Juana de Arco*.

Recomendamos eficazmente á aquellas de nuestras Sras. Suscritoras que cultiven la música, el acreditado almacen de D. Benito Zozaya (*Carrera de San Jerónimo*, 34, *Madrid*), donde hallaran siempre un surtido, tan selecto como numeroso y variado, de música moderna, obras de texto en el Conservatorio nacional, pianos de los mejores constructores, etc. Es una casa á la cual pueden dirigirse con la más absoluta confianza, como muchas veces lo hemos dicho en estas columnas.

VERDADERA

AGUA DE BOTOT,

ÚNICO DENTÍFRICO APROBADO POR

LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS.

POLVOS DE BOTOT,

DENTÍFRICO CON QUINA.

Depósito general en París, 229, rue Saint-Honoré.

Depósito: Boulevard des Italiens, 18, y en casa de los principales comerciantes.

NIÑOS DELICADOS.

El **hierro** es el reconstituyente por excelencia que se debe emplear para restablecer la salud y las fuerzas de los niños enfermizos y delicados: puede administrarse desde la edad más tierna, tan luégo como se note la debilidad ó decadencia del niño. Es indiscutible que los temperamentos delicados en los niños se modifican por medio de fortificantes. Como ferruginoso, el **Hierro Bravais** ocupa el primer lugar por su carácter inofensivo y eminentemente reconstituyente. Para asegurar á los niños el beneficio de una constitucion fuerte, basta hacerles tomar todos los dias unas gotas de **Hierro Bravais.**

M. Bravais no garantiza la buena preparacion, ni por consecuencia la eficacia, más que de los frascos en cuya etiqueta aparezca su firma impresa en rojo.

La PERFUMERÍA ESPECIAL Á LA LACTEINA, recomendada por las notabilidades medicales de París, ha valido, en la Exposicion Universal de 1878, á su inventor, M. E. COUDRAY, 13, rue d'Enghien, en París, las más altas recompensas: la Cruz de la Legion, la Medalla de Honor y de Oro.

Los dolores de estómago, las digestiones difíciles, la anemia, se curan en algunos dias con el ELIXIR GREZ con quina, coca y pepsina. (Medalla de los hospitales.) París, 34, rue de Bruyère, y en todas las farmacias.

PARA DESTRUIR EL VELLO DE LA CARA ó de los brazos, emplead los DEPILATORIOS DUSSER, cuya eficacia está garantida por cincuenta años de éxito.—En Madrid, en casa de Melchor García, y en todas las perfumerías principales.

PARÍS. Corsets pour les modes actuelles. M.mes de Vertus sœurs, 12, rue Auber.—Cette célèbre maison est patronnée par l'élite des dames de l'Europe.

VINAGRE DE TOCADOR

DE

JEAN-VINCENT BULLY

67, calle Montorgueil, en Paris

MEDALLAS EN LAS EXPOSICIONES UNIVERSALES

PRIMERAS RECOMPENSAS 1867-1878

Este vinagre debe su reputacion universal y su incontestable superioridad sobre el agua de Colonia, como sobre todos los productos análogos, no solamente á la distincion y suavidad de su perfume, sino tambien á sus propiedades sumamente preciosas para todos los usos higiénicos.

El Vinagre de JUAN-VICENTE BULLY ha adquirido, ademas, un favor tal para el tocador, que basta solo para elogiarlo.

La única cosa que queda pues que recomendar al público, es que evite las falsificaciones y que se dirijan á las casas de confianza.

EXIGIR ESTE CONTRA RÓTULO

VÉASE LA NOTICIA QUE VA CON EL FRASCO

SOLUCION AL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO 45.

Las cajas de ahorros escolares están llamadas á remediar grandes males.

La han presentado las Sras. y Srtas. D.ª Carlota R. de Rodriguez.—D.ª Cármen Torres.—D.ª Josefa Burillo.—D.ª Cármen Barrios.—D.ª Elodia Arenas.—D.ª María Nuñez.—D.ª Matilde Resua.—D.ª Juana Ceballos.—D.ª Manuela García Tapial.—D.ª Teresa Rodriguez de Hernandez.—D.ª Natividad Arce.—D.ª Micaela Marsella.—D.ª Julia Genovés y Villó.—D.ª Francisca Ruiz.—D.ª Carolina Calvo y Mendez.—D.ª Prima Redondo y García.—D.ª Josefa Bustamante.—D.ª Virginia Colmenáres.—D.ª Amalia Mosquera.—D.ª Enriqueta Ferrer.

FIN DEL TOMO XLI.

Impreso sobre máquinas de la casa P. ALAUZET, de París, con tintas de la fábrica Lorilleux y C.ª (16, rue Suger, París).

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.

MADRID.—Establecimiento Tipográfico de los Sucesores de Rivadeneyra, impresores de la Real Casa.
Paseo de San Vicente, 20.

LA MODA

ELEGANTE

1882

B
24
14